

The image shows the cover of a book. It features a close-up photograph of a young child's face on the left and a dog's face on the right. The child is looking down and slightly to the right, and the dog is looking towards the child. The background is a warm, golden-brown color. The title is written in white text at the top, and the author's name is at the bottom.

La extraordinaria vida
de un perro que
entendía a los
hombres

José Manuel Surroca
Laguardia

**La extraordinaria vida
de un perro
que entendía a los hombres**

José Manuel Surroca Laguardia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del Editor o Autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase al Autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de ésta obra. Puede contactar con el autor a través del correo electrónico surrocajm@telefonica.net

© José Manuel Surroca Laguardia, 2018

Portada: Torre de la Catedral de Barbastro.

José Manuel Surroca Laguardia

Impresión y Encuadernación: Amazon S.A.

Maquetación y diseño de la portada: José Manuel Surroca Laguardia

Dedicatoria

A todos aquellos seres, ya sean personas, animales o plantas, que con su presencia y estar, promueven el principio fundamental de vivir y dejar vivir dentro de la armonía universal, sin que se busquen barreras de cualquier tipo que nos separen a los unos de los otros.

Al fin y a la postre, habitamos en el mismo planeta y todos somos sus invitados.

Capítulo I

Montgomery

Mi nombre es **Montgomery**, y por qué no decirlo, por lógica, debo de estar al final de mis días. Junto al fuego de la chimenea, oyendo el crepitar de las llamas, dejando vagar libremente a la mente, de repente, sin saber cómo, mis recuerdos me han llevado, a un oscuro y maloliente callejón de una maloliente y superpoblada ciudad, concretamente, a un día de noviembre, que es exactamente cuando nací, hace dieciocho años. ¡Ah, se me olvidaba! Todavía no les he dicho que soy un perro. Un perro sin pedigrí, del montón, un paria que dicen los humanos, pero oiga, mi vida no la cambio por la de ningún otro. Al fin y al cabo, ahora, al hacer el balance de mi vida, creo que he sido un perro con suerte. Las he pasado canutas, pero siempre por una u otra razón, caía de pie, como los gatos, que dicho sea de paso, los odio. No he visto animal más clasista, cínico y de poco fiar como el gato. Bueno, mas adelante ya les contaré algo más de mis experiencias con esta especie.

Pero antes de seguir con mi relato, déjenme que les presente a alguien. Aquí, a mi lado, dormita mi actual y, pienso por lógica, último dueño. Se llama Adolfo. Don Adolfo. Él también está en las últimas, pero se niega a reconocerlo. Tiene ochenta y cinco años, y no sé cómo ha podido vivir tanto tiempo. Vivimos los dos solos en nuestra casa, haciéndonos cumplida compañía, y aguantándonos mutuamente. Perdonen sus ronquidos,

pero es que el pobre tiene problemas con la respiración. De todos modos, yo prefiero que ronque, porque así, al menos, sé que está vivo. No sería la primera vez que me he levantado aprisa y corriendo para llegarme hasta su cama, y comprobar si estaba vivo, al no oírle respirar. La verdad es que nunca me he puesto a pensar que pasará el día que fallezca. Porque a mis años, la cosa puede ser complicada. Para mí, claro.

Diariamente viene una señora a hacernos la comida, limpiar la casa y hacer las camas, incluida la mía. Y si no es diariamente, semanalmente, vienen sus hijos a vernos. Están un rato haciéndonos compañía y comentando mil cosas que les pasan, y cuando les parece se marchan, dejándonos solos, a nuestras anchas. Como debe ser.

Como les decía, sin saber cómo, entre el calor de la chimenea y el crepitar de la leña, me han venido a la mente los primeros recuerdos de mi vida, es decir cuando vine a este mundo.

Hacía un frío que pelaba. Recuerdo que éramos seis de camada, y el único perro con tonalidades rosáceas fui yo. El resto de hermanos, eran totalmente blancos, con manchas negras. La cuestión es que me vi un poco distinto a ellos. Y a ellos les debió de pasar lo mismo conmigo, porque entre todos me apartaban de las mamas de nuestra madre. Por mucho que lo intentara, nunca lo conseguía. Así es que de pronto me vi fuera del entorno calentito que era el cuerpo de mi madre. Comencé a deambular con paso vacilante, con apenas fuerzas para mantenerme de pie, sin saber bien a dónde dirigirme. ¡Como lo iba a saber si era un cachorro recién nacido!

Tras caminar largo rato por una acera invadida por la basura y por los malos olores, me vi de repente levantado

del suelo, encontrándome frente por frente a una cara humana (esto lo supe después), que me miraba con atención. Tras inspeccionarme de arriba abajo varias veces, me metió con mucho cuidado en uno de sus bolsillos. Recuerdo que aquello, me produjo una sensación muy agradable: el calorcito que había en el aquel lugar, junto a la oscuridad terminó por hacerme dormir.

No se cuanto tiempo transcurrió, pero de repente, me vi arrebatado de aquel lugar oscuro, acogedor y caliente, para verme encima de una mesa rodeado de personas. Me acuerdo que reían y todos querían tocarme. Pero el hombre que me había recogido se les impedía. De pronto, pusieron un plato con leche delante de mis morrillos, y aquel aroma me embriagó, ¡estaba muerto de hambre, y aquello olía a gloria bendita! Conforme iba acercando el morro, notaba un agradable calorcillo: estaba caliente. Todo un detalle. Empecé a dar lametones, entre los comentarios de aquella gente. Pero me daba igual, porque el hambre que tenía, no me permitía guardar las formas. Así es que, a base de lametones, desapareció la leche del plato. Y ¡oh, maravilla!, alguien retiró el plato vacío y me puso otro lleno. Casi me hicieron llorar. Antes de comenzar a lamer, los mire a todos dándoles las gracias por aquella merced. Seguían sonriendo y yo comencé a lametear el plato, y al poco rato había desaparecido la leche y mi hambre. Empecé a fijarme en los rostros que me rodeaban. Y vi una similitud entre ellos, parecida a la nuestra, es decir a mis hermanos y yo con mi madre: el tamaño. Allí, rodeando la mesa había dos muy grandes y

dos muy pequeños. Así es que enseguida vine a colegir que se trataba de dos madres y dos cachorros.

Tal vez ustedes se asombren de mi perspicacia, pero yo siempre he sido un perro listo, bueno, inteligente, como dicen los humanos, porque ya es hora que les diga otra cosa, y es que yo tengo una facultad asombrosa: yo entiendo lo que dicen los humanos. ¿Cómo? No me lo pregunten. Solo sé que les entiendo. Lo que no he logrado es hablar. ¡Y no será por no haberlo intentado! ¡Miles de veces! Pero nada, solo sale un ladrido. Los humanos dicen que son inteligentes. Yo me permito dudarlos. Nunca he visto un hombre que entienda el lenguaje de los perros. Claro que puede ser que pase como me pasa a mí: yo tampoco conozco a otro perro que entienda a los hombres. Y la cuestión se reduce a que no he dado con ese hombre. El caso es que me fui familiarizando con aquellas caras y ellos conmigo. Me pusieron en una cesta forrada con tela y mullido, y yo me creí el rey del mundo. Así es que aquella noche, dormí de un tirón, feliz y satisfecho.

A la mañana siguiente, me desperté sobresaltado a causa de una repentina y fuerte sensación. Y así era. Cuando abrí los ojos, me encontré con unos ojos azules situados a tres centímetros de los míos. ¡Dios, que susto! Me incorporé de un salto, pero aquella niña, ya me tenía entre sus manos, besuqueándome, y pasándome la mano por el lomo. Me llevó a la mesa, donde pude ver un platillo con leche. Aquello me encendió los ánimos. Pero esta vez, la niña no me dejó solo, para que yo, tranquilamente y a lametazos, me tomara aquel néctar, sino que cogiéndome de la cabeza con una de sus manecillas, me hundió el morro dentro de la leche, de

forma tal, que creí que allí se acaba todo. Menos mal que una de las personas grandes, la que tenía el pelo largo, llegó a tiempo y me arrebató de las manos de la niña, que estalló en un horrísono lloriqueo. Se debió de tratar de un mal entendido por parte de la niña, porque ya nunca más volvió a ocurrir aquello. Eso sí, besuqueos y apretujamientos, a todas horas.

Me llamó la atención que todos pronunciaban infinidad de veces, la palabra **Rosita**, sin saber a qué se referían, pero poniendo atención, llegué a la conclusión de que cuando decían aquella palabra, se referían a mí. Así es que cuando la oía, me incorporaba e iba hacía quien la había pronunciado. Por aquel entonces, no dominaba yo la gramática y no le di importancia al nombre. De haber sabido entonces lo que sé ahora, les hubiera mordido en la mano. ¡Por amor de Dios! ¡**Rosita**, siendo un perro! En fin, como desconocía todo, no me traumaticé y pasé del trance sin secuela psicológica alguna.

En aquella casa, estuve casi año y medio. Con el transcurrir del tiempo, pasé de pesar unos gramos, a pesar algún kilo que otro, y de caber en un bolsillo, a no caber casi en el sillón. Así es que un buen día, en el que estábamos todos reunidos, oí como el marido (ahora tenía claro muchos más conceptos), le decía a su mujer que se había quedado sin trabajo. «*! ¡Qué suerte, ahora no tendrá que madrugar!*» pensé. Pero su mujer, por la cara que puso, vi que no era de la misma opinión. Claro, yo ignorante como era, no comprendí lo que eso significaba: Que alguien grande y movido como yo, que comía como si fuera a acabarse el mundo, no tenía cabida en aquella familia. Así es que al día siguiente, me

llevaron a una perrera, donde me quede solo y triste, sin comprender nada de lo que estaba pasando.

No pasó mucho tiempo, sin que yo me diera cuenta de lo terrible de mi situación. Como ya he dicho, mi capacidad de entender a los humanos, me permitió comprender, por las conversaciones de los que trabajaban en aquel matadero, que estaba justo en el lugar adecuado, para abandonar este mundo en un *pispas*, si las cosas no cambiaban radicalmente. Y era que, si no lograban colocarme con alguna persona que quisiera hacerse cargo de mí, pasado un tiempo, no les quedaría más remedio que “pasaportarme” al otro barrio, mediante una inyección. Ni que decir tiene, que se me erizaron los pelos. Así es que tenía que adoptar una táctica salvadora lo antes posible. En consecuencia, a todo aquel que venía a la perrera en busca de mascota, cuando llegaban a mi jaula, movía el rabo todo lo que podía, y hasta les hacía guiños con los ojos, y me acercaba a la reja, dejándoles que pasaran su mano por mi lomo, acentuando todavía más si cabe, el movimiento del rabo. Además pude ver que el color de mi pelaje, rosáceo, les atraía bastante, preguntando frecuentemente a la cuidadora que les acompañaba, si era natural o teñido. ¡Teñido! ¡A cuenta de qué, me voy a teñir! Desde luego, había personas que no sé en qué pensaban. Pasaban los días y nadie parecía decidirse a llevarme a su casa. Casi comenzaba a desesperar, cuando un día apareció una señora joven con su hija, una niña de diez o doce años, la cual cuando me vio haciendo mi show, se acercó corriendo a la jaula, a la vez que decía:

— ¡Este, mamá, quiero este! —dijo ilusionada

— No sé. Parece un poco grande ¿no? —le pregunto a la trabajadora que le acompañaba.

— Si, y por su edad, aún crecerá un poquito más. Pero es un perro excelente, sano, tranquilo, y con un porte precioso. Y el color de su pelo, lo hace un poco especial—dijo

¿Tranquilo yo? ¿Estaba de guasa? Tras meditarlo un poco, caí enseguida en la cuestión. ¡Bendita niña! Si hubiera podido le hubiera dado un lametón como muestra de agradecimiento. La cuestión es que, la joven madre se quedó un momento pensativa, a la vez que pasaba su mano por mi lomo, y yo en pleno ataque de estrés, moviendo el rabo como un molinillo, y poniendo cara de niño bueno, y como fondo, la insistencia de la niña ¡Este, mamá, quiero este!.

— ¿Me prometes que lo cuidarás, y te harás cargo de él como se debe? —dijo dirigiéndose a su hija.

— ¡Si, mamá, te lo prometo! —dijo emocionada la niña.

Mientras, allí me tienen ustedes, en suspenso, con el alma en vilo, esperando la decisión inminente que, tal vez, decidiera mi destino.

— Bueno. Vale. Nos lo llevamos — dijo por fin.

— ¡Gracias mama! ¡Te quiero mucho! ¡Es el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho nunca! —dijo

O sea, que se trataba de eso. En aquel momento aprendí que los humanos regalan animales. Mascotas, dicen. En fin. La cuestión es que aquella costumbre, me iba a sacar de aquel antro. Tras unos momentos de papeleo en la oficina, volvieron a aparecer, y ¡oh, maravilla!, abrieron la jaula, me pusieron una correa y nos entregaron a ambos, a la correa y a mí, a la niña,

quien exultante me llevó hacia la salida de la perrera. Ni que decir tiene, que la experiencia no me gusto nada. Así es que me prometí que jamás, lo que se dice jamás, volvería a un lugar como ese.

Capítulo II

Fuego

Cuando llegamos a casa de Anita, pues así se llamaba la niña, y de su madre Luisa, lo primero que hicieron fue meterme en la bañera y darme un relajante baño. Fue tan gratificante la experiencia que durante toda mi vida, siempre que me ha sido posible me he bañado. Ustedes se preguntarán que cómo lo hacía. Un perro, y además si es inteligente como yo, tiene mil formas de hacérselo saber a su dueño. ¡Ah, si los humanos entendieran a los perros! ¡Cuanto mejor hubiera ido el mundo! Pero eso es agua pasada, que no mueve molino. A lo que estábamos. Lo del baño es muy fácil. Cuando entraba en casa, en cualquier casa de las que me ha tocado vivir, lo primero que hacía era recorrer todas las habitaciones, ante la sorpresa mayúscula de los dueños, buscando la bañera, y en cuanto la encontraba me metía en ella, y comenzaba a mover el rabo. Enseguida lo entendían. Y aquello era una gozada.

— ¿Y qué nombre quieres ponerle? ¿Ya lo has pensado? —dijo Luisa a su hija.

«¡Ah lo del nombre! ¡A ver si hay más suerte!», pensé.

— Lo voy a llamar, **Fuego**. ¿Qué te parece?— dijo la niña.

¡Uf, que alivio! Por lo menos este nombre es un nombre que indica vitalidad. En fin, nada que ver con el anterior. Menos mal.

— Me parece bien. Pero ya sabes, deberás cuidarte de **Fuego**, con todas las consecuencias. Porque si no, tendremos que tomar medidas –sentenció su madre.

No me gustó aquello de “tomar medidas”, pues ya entendía yo lo que eso quería decir. Aquellas “medidas” las iba a sufrir en mis carnes. Así es que decidí ayudar a la niña en recordarle “sus obligaciones” conmigo. De forma que cuando llegaba la hora de pasear, miraba por la ventana y si por ejemplo, llovía, cogía con la boca el paraguas y la correa y me iba a buscar a mi ama. Si hacía frío, cogía una bufanda. Aquello pareció encantarles, y por ello me mimaban todo lo que podían. A sus vecinos y amigos, ponderaban hasta la exageración mis dotes. Yo, como es lógico, rojo de vergüenza, me dejaba querer moviendo el rabo y bajando la cabeza, como diciendo «*Bueno, no es para tanto, en fin, uno que es inteligente, etc.*».

La madre de Ana, estaba separada y trabajaba a todas horas de cajera en un supermercado. Antes de salir de casa, para ir a trabajar, dejaba preparados nuestros desayunos. Anita, se levantaba una hora antes, con el fin de sacarme de paseo, tarea impuesta por su madre, como condición a mi estancia en aquella casa. Cuando llegaba la hora, desayunábamos los dos, y ya hiciera frío o calor, salíamos a dar una vuelta por el parque que había enfrente de casa. Un día un señor que acompañaba a un pastor alemán, chulo e insolente como no he visto a nadie, me refiero al amo, le echó en cara a Ana, que no llevara una bolsa para recoger los excrementos. Ana le replicó, diciéndole que en mi caso no hacía falta, porque yo hacía mis necesidades en casa, en el lugar adecuado. «*Cuestión de educación*», sentenció. A mí me dio coraje,

porque las faltas de unos, luego las pagamos otros. Como digo, aquel “chuleta”, y ahora me refiero al perro, hacía sus necesidades en cualquier lugar, como si nada, representando una vergüenza para nuestra especie. A mí, que quieren que les diga, me da una vergüenza terrible, hacer esas cosas delante de todo el mundo. Y con motivo de estas necesidades fisiológicas, hechas en la calle y en los parques, era donde se veía la clase de los dueños de los perros. Los había que ni se inmutaban, tal para cual, y otros que, pacientemente y con espíritu cívico, los recogían y los embolsaban. Vamos, antes me muero que obligar a Ana a realizar aquella función. Y es que hay perros y perros.

Una vez realizado el paseo, volvíamos a casa. Anita cogía su cartera y marchaba al colegio, hasta la una de la tarde, que regresaba. Mientras tanto, me quedaba solo en la casa, y que voy a hacer. Ponerme la tele y hacer zapping. Como ustedes comprenderán a estas alturas del relato, hacerme con el manejo del mando, fue cosa de niños, vamos, coser y cantar. Primero me ponía en una cadena que daban noticias y las comentaban entre un grupo de personas. ¡Madre mía, como se les veía a todos el plumero! Nunca jamás estaban de acuerdo en nada. Independientemente de la noticia. Estaban los que siempre estaban a favor del Gobierno y los que siempre estaban en contra del mismo. ¡Y mira que había ocasiones en que cada grupo, sostenía opiniones contrarias a las que habían sostenido algunos días atrás! Y todo porque el gobierno, había hecho lo contrario que había hecho en otra ocasión similar anterior. Cosa de simples, pienso yo. Se denominaban tertulianos, y tenían opinión y conocimiento de todo y sobre todo. Cuando

hablaban, ignoraban a los demás, sin respetar turnos de palabra, hablando todos a la vez, y cuando terminaban, se recostaban en sus sillas poniendo cara de “he dicho”. Hablaban del futuro, con tanta seguridad, que cualquiera hubiera pensado que se trataba del pasado. Hasta tal punto de seguridad, aseveraban los males que estaban por llegar, que te daban ganas de salir a la calle a comprar provisiones. Pero eso sí, no nos dejaban indefensos, ya que cada uno de ellos aportaba soluciones que, por definición, excluían las aportadas por los demás. ¡Qué seguridad! ¡Qué bríos! ¡Qué excelentes adalides, su hubieran tenido una buena causa que defender! ¡Ah! y yo juraría que a alguno de ellos, lo he visto en dos programas diferentes al mismo tiempo, cuando hacía zapping con el mando. ¿Cómo lo harían?

De las noticias, pasaba a los dibujos animados. ¡Qué situaciones, que vocabulario! Eso sí, aquí los humanos y los animales hablaban y se entendían perfectamente. Pero siempre las mismas historias con los mismos finales. Así, dándole al mando, subiendo y bajando la escala numérica, hasta que llegaban las doce, que me pasaba a mi programa favorito.

Solo me faltaban las palomitas. Era de los que llamaban del Corazón. Y todavía no sé por qué. Pero es igual. Lo que me podía reír. Empezando por los presentadores, tan dignos, tan serios, tan formales, tan delicados (por favor, cuando lean esta palabra, suban y bajen a la vez, los dedos índice y anular de las dos manos, que yo no puedo), y... ¡tan de pena! Y los que se llamaban “colaboradores”, gente retorcida, falsa, generalmente muy inculta, creyendo que el que más

gritaba, tenía más razón. Gente inmisericorde con el ajeno, haciendo del bulo y la mentira, la biblia de sus argumentos. Programas en los que si alguien decía «*He oído, o me parece*» un par de veces, automáticamente pasaba a ser un hecho comprobado. Auténtica gentuza. Gente que te roza y te tienes que lavar. Pero mira, a mi me daba risa. Sobre todo cuando veía, como las venas del cuello se les hinchaban, a punto de reventar. Las caras, coléricas y rojas de ira, escupiendo en vez de hablando. Poseedores de la verdad única, y de la exclusiva. Conocedores únicos de informaciones que les pasaban al móvil, no se sabe quien, ni maldita la falta que les hacía. Y la “víctima”. Que quieren. Es que me puede. Las hay patéticas, lloronas, pedigüeñas, chulescas, desvergonzadas, inmorales, y mil epítetos mas, a cual peor. Y cobrando por ello. Todos cobrando: cadena, presentador, colaboradores y víctima. Desconozco si los humanos tienen un nombre para eso. Quiero decir otra, porque yo sé una, pero no se si se puede poner en un libro. La cuestión era pasar el tiempo. Y ver a toda esa gente gritarse entre ellos, y al presentador de turno, tratando de poner orden, unas veces, y otras haciéndose el digno y reclamando respeto hacía la dignidad de alguien, como si alguno de esos, no estuviera vacunado contra esa enfermedad. ¡Ah, se me olvidaba! Presunto. ¿Cuántas miles de veces no habrán pronunciado esta palabra estos energúmenos, dándoselas de respetuosos con la presunción de inocencia? ¿Y porqué, cuando la pronuncian, la acompañan con un gesto de las dos manos, moviendo los dedos índice y anular queriendo representar las comillas? ¡Como si les importara algo! En

fin. Yo viendo estas cosas me revolcaba en el sofá. ¡Cosa más patética no he visto nunca!

Cuando sentía que Anita llegaba a casa salía a recibirla, moviendo el rabo. La verdad es que me alegraba su presencia. Eran muchas las horas que estaba solo, y un perro tan sociable como yo, echaba de menos la presencia humana. Ana, preparaba la comida, y esperábamos a que llegara su madre, como no, viendo televisión. ¡Ah! Se me ha olvidado decir, que yo apagaba la televisión, cuando sentía la llegada de alguien. No era cuestión de que se preguntaran demasiadas cosas, acerca de mis capacidades. Ya saben. Sus conclusiones, podrían ser erróneas. Mejor dejarlo todo así, en el secreto.

Cuando venía su madre, comía deprisa y corriendo, pues solo tenía una hora para comer y volver de nuevo al trabajo. Ciertamente, los humanos, la mayoría, están en este mundo para sufrir. Trabajar a lomo caliente, para poder comprar comida, pagar el alquiler de un piso, y de vez en cuando, hacer una excursión a la playa o al monte. Los hay, naturalmente, que tienen más suerte, y las cosas les va mejor. Tienen buenos coches, buenas casas, y van de vacaciones todos los años. Pero son los menos.

Luisa era una buena persona. Y Anita también. Yo trataba de portarme bien, para evitar problemas. De momento la cosa funcionaba, porque la niña, con mi ayuda, iba cumpliendo con su parte del trato para que yo viviera con ellos. Yo notaba que era querido y estaba muy bien, pero, siempre hay un pero, no sé, yo necesitaba algo. No sé si estaba hecho para una vida tan tranquila. Mi juventud quería algo más de marcha, como dicen los humanos.

Pero un día esta felicidad se truncó de repente. Como les he dicho, Luisa estaba separada. Yo, ya había notado que cuando sonaba el teléfono, ella se ponía muy nerviosa y tardaba en recogerlo. Y cuando lo hacía, decía cosas que yo no comprendía, tales como, ¡esto ya se acabó! ¡Te voy a denunciar! ¡Déjanos vivir nuestra vida! Y cosas así, que me producían una sensación de malestar. Y cuando colgaba, se quedaba llorando. Yo me acercaba, moviendo el rabo, y mirándola fijamente a la cara, preguntándole que era lo que le pasaba, pero claro, ella no me entendía. Me pasaba la mano por el lomo, y a veces estrechaba su cara contra la mía, a la vez que me abrazaba. Entonces, alguna vez, mirándome tristemente, se decía para ella en voz alta:

— ¡Fíjate este perro! ¡Si parece que entiende!

Y yo, movía más rápido el rabo y con movimientos nerviosos la miraba fijamente, diciéndole ¡Pues claro que te entiendo, mujer! Pero sin resultado.

El caso es que un día, un sábado lluvioso, que estábamos los tres en casa, viendo la tele, sonó el timbre de la puerta. Vi el sobresalto reflejado en la cara de Luisa, y eso me alarmó. Ana no se dio ni cuenta. Su madre se levantó despacio, y yo me fui detrás de ella. Vi agradecimiento en sus ojos, cuando se dio cuenta de que la seguía. Evidentemente se sentía más segura. Llegó hasta la puerta y preguntó:

— ¿Quién es? —dijo

— Soy yo —dijo una voz de hombre.

— ¿Que quieres? ¡Te he dicho que ya no tenemos nada más que decirnos! — dijo casi sin voz —Si no te vas, llamaré a la policía. —amenazó

— ¡Abre de una vez, o tiro la puerta abajo! ¡Lo que pueda pasar será de exclusiva responsabilidad tuya! — dijo gritando.

Vi la inseguridad en su rostro. Yo le gritaba a mi manera, ya saben, moviendo el rabo y el cuerpo y mirándola intensamente a la cara, ¡No abras! ¡Llama a la policía! Un tremendo golpe dado a la puerta con el pie, que hizo retumbar hasta la pared, la hizo reaccionar de manera inconsciente, abriendo la puerta. Y allí estaba él. Rojo de ira. Su primer gesto, al ver la puerta abierta, fue entrar en el piso, pero de repente reparó en mi presencia. Allí estaba yo, imponente, con mi tamaño, enseñando mis colmillos y toda la dentadura, amenazando con un rugido gutural, del que desconocía mi capacidad para producirlo. Esto le congeló el movimiento, retrocediendo un metro hacia atrás, en el rellano. Y yo, que voy a hacer, lo vi tan acongojado, que me fui acercando hacia él, con estudiada lentitud, viendo como a cada milímetro que me acercaba, un rictus de terror se reflejaba en su rostro, deformándose por momentos, mientras un exceso de salivación de mi boca, chorreaba sin parar. Bueno, a lo mejor no fue tanto, pero es que contando estas cosas, me vengo arriba.

— Sujeta al perro, Luisa. Está bien, no me moveré de aquí. Pero tenemos que hablar. —dijo, sin quitarme el ojo de encima.

— Quieto, **Fuego**. Carlos, no quiero volver a verte. Búscate un abogado y que hable con el mío. Pero a ti no te quiero volver a ver. —dijo, ya más tranquila.

Por la escalera, aparecieron dos policías municipales, que en cuanto vieron la escena, se acercaron al ex de Luisa, y lo sujetaron por detrás. Al parecer, algún vecino

debía de haber llamado a la policía, y estos habían acudido rápidamente. Luego se dirigieron a Luisa.

— Señora. ¿Quiere usted presentar una denuncia contra este señor, por amenazas o maltrato? —dijo el cabo.

— No. Simplemente quiero que nos deje en paz —dijo Luisa.

— Yo le aconsejaría que la presentara —le aconsejo el agente —Si no lo hace ahora, lo puede hacer mañana. Hágame caso— le dijo

— Creo que te servirá de lección Carlos. Búscate un abogado y que hable con el mío. —dijo a la vez que me cogía del collar y tiraba de él hacia el interior de la casa.

Yo ya había rebajado mi tensión y la adrenalina sobrante continuaba acelerando mi corazón. Había recuperado mi aspecto normal. De haber sido necesario, me habría lanzado contra aquel sujeto y le habría mordido en la yugular sin dudarle un segundo. Por un momento, esto me preocupa. Pero es un instinto que no se puede hacer desaparecer.

La policía se llevó al individuo, y la paz se restauró en la escalera. Cuando entramos al piso, vimos a Anita, al final del pasillo, medio escondida y estaba llorando. Su madre fue corriendo hacia ella, y ambas se abrazaron. Yo llegué a su lado, y también me abrazaron. Y así, los tres, llorando o moco tendido, porque también tengo que informarles de otra cualidad mas, es que soy de lágrima fácil, y estas situaciones me pueden. Así es que los tres llorando, hasta que ya más tranquilos nos volvimos al salón, a descansar del susto. Luego supimos que había sido Anita la que había llamado a la policía. ¡Bien por mi ama!

Mas tarde, volvió a sonar el timbre de la puerta, y nuevo sobresalto. Esta vez, a la pregunta de ¿quién es?, nos respondió una voz de mujer, diciendo que era psicóloga y que venía de la asociación de mujeres maltratadas, para hablar con Luisa. La querían convencer para que presentara la denuncia, pensando que a lo mejor, la presencia del ex, la había condicionado a no presentarla en aquel momento. Sin embargo, Luisa, no accedió a presentarla, ante la reiterada insistencia por parte de la psicóloga, de que así lo hiciera.

Dos días más tarde, cuando veníamos de dar un largo paseo con Anita, al llegar a casa, vimos que la calle estaba bloqueada por una ambulancia y tres coches de policía. Al parecer, el ex marido, la estaba esperando en la calle, y sin mediar palabra alguna, le asestó tres puñaladas, sentándose a continuación junto a ella, a esperar la llegada de la policía. Cuando nosotros llegamos, al criminal ya se lo habían llevado. A Luisa, en estado gravísimo, la llevaron al hospital. Y allí, esperando a que apareciéramos nosotros, estaban varias personas de los Servicios Sociales del Ayuntamiento, que se hicieron cargo de Anita, la cual rompió a llorar de forma desconsolada. A mí se me llenaron los ojos de lágrimas, y me recosté a un lado, porque sentía una gran pena, escondiendo mi cabeza entre las patas.

Al poco rato, a Anita la subieron a un coche, acompañada por las funcionarias de los Servicios Sociales. Mientras se alejaba el vehículo, veía la cabeza de Anita, recostada sobre el hombro de la Asistente Social. Y allí me quede. Solo otra vez. Pero yo era un busca vidas, y la vida continuaba, y decidí seguir buscando nuevo amo, o compañero de fatigas, que así

considero yo a los humanos. Al fin y al cabo, ambos sufrimos las fatigas de este mundo, a veces cruel, las mas, a veces amable, las menos, y siempre inmisericorde con los débiles. Y este, no era mi caso.

Capítulo III

Como consecuencia de todo lo dicho, me vi otra vez en la calle, dueño de mi destino, y con mil y unas posibilidades. Estaba por ver, si buenas o malas. Miré por última vez la casa donde había vivido los últimos meses, y con decisión, encaminé mis pasos acera adelante, en busca de mi próximo futuro. De momento, experimenté una nueva sensación. Caminaba solo, sin estar conectado a un amo mediante la correa, y esto añadía un plus que compensaba la tristeza de la comodidad perdida, por la libertad, con mayúsculas. Caminé y caminé durante horas. Ora me detenía y observaba a los transeúntes. Ora continuaba mi marcha sin rumbo, a la espera de que algo especial sucediera. Entré en un parque, donde jugueteaban los niños, y donde las personas llevaban a pasear a sus mascotas (¡que palabra más horrible!), lo que me recordó recientes acontecimientos, cuando iba con Anita a un lugar semejante a aquel. Había mucha actividad en todo aquel recinto. Paseantes, que con paso pausado, recorrían el parque contemplando el bullicio, deteniéndose en un banco a leer el periódico o un libro. A pasar la mañana o la tarde, según se trate. Normalmente, gente mayor. Jubilados, vamos. Otros, por el contrario, lo hacían a paso vivo. Normalmente, iban absortos y apenas reparaban en lo que ocurría a su alrededor. Seguramente cruzaban el parque, bien por aprovechar la sombra de sus árboles, en los días calurosos y de fuerte sol, o porque

les servía de atajo para llegar a su destino. Había también muchos niños, sentados en el césped, rodeados de juguetes, bajo la atenta mirada de sus madres, o mayoritariamente, de sus abuelas. Recuerdo que al principio, esto me confundió un poco. No me parecía normal que las “madres” de esos niños tan pequeños, fueran tan mayores, con cabello canoso y achacoso andar, en algún caso. Luego, escuchando discretamente, llegué a la conclusión de que eran las abuelas de los cachorros, no sus madres. A alguno de ustedes, le habrá hecho gracia eso de “discretamente”. Pero tengan en cuenta mis especiales facultades. Yo me hacía el distraído, dando vueltas a su alrededor, como quien no quiere la cosa, o bien me sentaba cerca de ellos, haciéndome el dormido. Jamás se dieron cuenta de que les estaba escuchando. ¡Y menudas historias se contaban entre ellos! A mí a veces me daba coraje. A los pobres abuelos, les había caído el encargo, como una obligación, no como una deferencia. Algunos se quejaban amargamente, pues se veían avocados a criar a sus nietos, con treinta o cuarenta años más que cuando les toco criar a sus hijos. Y no era lo mismo. Las fuerzas les escaseaban, y su deseo de disfrutar de sus nietos se había esfumado. ¡Cosa de los tiempos, se decían para consolarse! Bueno, y dado que yo soy muy sociable, y a mí estas historias, cuando son tristes, me encorajinan y me emocionan.

También, junto a los humanos, pululaban por doquier las “mascotas”, o sea, perros, gatos, loros y un día, hay que estar embalsamado cerebralmente, uno se presentó en el parque con una boa. Si, si, ese bicho grande y alargado. Y al descerebrado, solo se le ocurre que soltarla

en el césped. Me acuerdo que había allí cerca, un gato adormilado, tal que una bola de pelo. El culebrón aquel, que lo debió de ver u oler, tras un momento de estudio de la situación, comenzó a dirigirse sibilinamente hacia el asqueroso gato (es que odio a estos peludos). Yo me percaté enseguida de la jugada, no así los demás, y el que menos, el gato. Me levanté rápido para no perderme nada, de lo que previsiblemente iba a ocurrir. En mi fuero interno, me daba un poco de pena, pero no mucho. La boa aquella, que vio al gato tan plácido y aparente, se debió de imaginar que estaba ante un bocado exquisito. Así es que lentamente, se fue desplazando hacia la presa. Cuando este, respiraba o movía el rabo o una pata, el bichejo se paraba en seco. Hubo un momento en el que la boa, se encontraba a un palmo del gato, y este bobo, en Babia. Y yo, con las pupilas dilatadas por la tensión.

Cuando la serpiente estaba a punto de lanzarse a por el “bocado”, este debió de presentir el inminente peligro, porque en un instante pegó un salto y un maullido, o viceversa, que hizo volverse a todo el mundo y mirar hacia el sitio donde estaba la serpiente. El gato había desaparecido, y seguramente no pararía de correr en horas. Los respectivos dueños de los actores del drama culinario, fueron conscientes entonces, de lo que había estado a punto de suceder. La dueña del gato, que vio semejante culebrón, a escasos metros de su pierna, empezó a proferir gritos, a la vez que con el bastón, le arreaba a la serpiente una serie de bastonazos, que la dejó maltrecha, y muerta la hubiera dejado, si el dueño de la misma, no se hubiera interpuesto. El caso es que la señora, cuando supo que el dueño de “aquello”, era aquel tío, la quiso emprender a bastonazos con él, cosa que le

impidieron unos transeúntes que pasaban por allí. Cuando se le pasó el susto, empezó a buscar al minino, y como no lo encontraba empezó a llamarlo: ¡Zafiro! ¡Zafiro!. «*Si, si, ya lo puedes llamar, ya, que por lo menos ese ya ha salido del país*» pensé. Total que el dueño de la serpiente, la recogió escalabrada, y tras pagar la multa que le cayó, pues estaba prohibido salir con semejantes “mascotas” a la calle, y mucho menos soltarlas. Aún ahora, cada vez que me acuerdo del escorzo que hizo el gato, al verse detrás a semejante bicho, no puedo evitar que se me aflojen las mandíbulas. ¿Qué habrá sido de él? ¿Habrá parado de correr? Bueno, volviendo a la realidad. Siempre me han gustado los parques, porque en ellos se reúne una “fauna” muy variada. Y en un parque conocí a mi siguiente amo. Como digo, deambulaba tranquilamente, cuando a lo lejos me llamó la atención un hombre con grandes greñas, y los brazos completamente cubiertos de tatuajes, que estaba pintando un lienzo. Me acerqué por curiosidad, primero por lo estrafalario de las pintas, y segundo por lo que estaba haciendo. Realizaba un esbozo a carboncillo, del rostro de una niña sentada pacientemente en una silla, bajo la mirada atenta de su madre, quien la reñía cada vez que se movía, cosa que ocurrió cuando yo me acerqué al grupo. Su madre le corrigió su impulso inicial de venir a mi lado. Siempre he tenido éxito entre los humanos pequeños. Miré el lienzo sobre el que dibujaba a la niña. El parecido era extraordinario. Se trataba de un artista de los pies a la cabeza. Cuando terminó, cobró la cantidad pactada, y la gente comenzó a esfumarse. Yo me quedé sentado tranquilamente, junto a un montón de cuadros que tenía apilados para su venta.

— ¡Ojo chucho, no me jodas los cuadros! —me dijo, tratando de apartarme.

Yo reculé unos cuantos pasos, poniendo alguna distancia entre los cuadros y yo. Aquello pareció gustarle al bohemio.

— ¡Mira, me ha entendido! —dijo admirativamente.

Luego, él siguió trabajando sobre otro cuadro que tenía comenzado, y que representaba una panorámica de un edificio que se divisaba desde su posición. Como hacía buen día, y otra cosa no tenía que hacer, me quede sentado, desplegando todo mi repertorio de estudiadas poses, con el fin de llamar su atención. ¡Pues bueno soy yo, camelándome a la gente! Siguió pintando un largo rato, durante el cual, nadie le solicitó un retrato. Luego, reparó en mí, y viendo que no me había movido, observó el color de mi pelo. Dejando los pinceles en el trípode, se acercó hacia mí. Y yo, ya saben, a mover el rabo, etc., etc. Pasó su mano por mi lomo, como estudiando el color rosáceo de mi pelo.

— ¡Parece natural! ¡No, es natural! ¡Tío, tienes el pelo rosa! ¿No serás floripondio, eh? —esto último no lo entendí, pero lo dijo con una sonrisa.

Siguió acariciando mi lomo y yo realizando mis monerías.

— ¡Hombre, te voy a inmortalizar en un cuadro! —dijo alegre.

Y dicho y hecho. Cambio el lienzo que tenía en el caballete, por otro en blanco, y comenzó a dibujarme. Yo le puse la parte de mi cara más favorecedora, y el pareció entenderlo. Estuvo casi dos horas manejando los pinceles, hasta que finalmente dijo:

— ¡Hala, ya está! Can, tu no lo sabes, pero tienes clase. Por cierto, ¿dónde estará el dueño de este animal? Lleva collar, luego tendrá dueño.

Se miró el cuadro, y debió de quedar satisfecho. Y tenía que estarlo, porque le había quedado perfecto. Sentí un orgullo grande. No habrá en el mundo muchos perros inmortalizados en un cuadro. Luego, como comenzaba a oscurecer, empezó a recoger. Lo agrupó todo en un par de bultos, y se dispuso a abandonar el lugar. Yo, lo seguí a distancia. Al principio no se dio cuenta, pero luego, se me quedó mirando sin decir nada. Yo empecé a acortar la distancia entre ambos, y al poco rato, andábamos los dos a la par. Éramos como dos almas gemelas, y había comenzado nuestra relación.

Capítulo IV

Tornado

Jorge, mi nuevo compañero de fatigas, “vivía” en una casa abandonada. Cuando llegamos delante de la puerta, a la que le había adosado tres candados, me percaté de que mi vida, iba ser, posiblemente, muy interesante, pero llena de sinsabores, incluidos los alimenticios. No hay nada que tenga menos sabor, que no comer nada. O al menos, eso me barruntaba. O si se quiere, porque todo depende del color del cristal con que se mira, el peor de los sabores posibles.

Cuando logró abrir los tres candados, pasamos dentro, donde encendió una luz, mediante una llave que colgaba de los cables. Un fuerte olor a humedad, disolvente y pintura envolvía la estancia. La bombilla iluminaba menos que una luciérnaga. Aquello parecía la morgue. Hacía falta estar un buen rato dentro, para habituarse al bajo nivel lumínico. Luego, cuando te acostumbrabas, la cosa mejoraba, pero poco. Aquella casa solo tenía una estancia. Las cuatro paredes solo albergaban un habitáculo. Nada de tabiques, ni cocina, ni dormitorios, ni...nada de nada. Por supuesto, mi habitual búsqueda de la bañera, ni contar. En un golpe de vista, te percatabas de la enorme soledad que allí se concentraba. Los cuadros se apilaban, apoyados en las paredes y se distribuían alrededor de las mismas. En un rincón, se podía apreciar una especie de hornillo, que hacía las veces de cocina, pues allí encendía fuego y se hacía los

guisos no sé de qué. Por un momento pensé, si no sería yo la cena. Pero mucho me tendría que haber equivocado con él. Y yo no solía equivocarme psicoanalizando a los humanos. Para mí, era un juego de niños, columbrar la sustancia de la que estaba hecha el alma del individuo analizado.

Lo primero que hizo, fue quitarme el collar.

— ¡Fuera el símbolo de la opresión! —dijo mientras tiraba lejos el collar.

— Espero que te gusten las patatas —dijo

Encendió fuego, puso un caldero con agua de una botella de cinco litros, y la puso a calentar. Luego, comenzó a pelar unas patatas. Esa sería mi primera comida en aquel primer día, del resto de mi vida. De un envoltorio, saco una barra de pan, y una vez cortada longitudinalmente, insertó en ella una barra de salchichón, tal cual. Esa era su cena. Bueno, tal vez al día siguiente, la cosa cambiaría. Sobre las patatas, me las comí de puro de hambre que tenía, pero es la cosa más sosa y sin sustancia que he comido nunca.

Busqué con la mirada algún lugar donde acostarme, y finalmente encontré uno, al lado de un caballete, justo en el rincón opuesto a la puerta. Aquel parecía un buen lugar para dormir. Además, había un recio cartón tirado en el suelo, el cual me haría las veces de colchón. Iba a ser difícil vivir en esas condiciones, pero que quieren, intuía que no me aburriría lo más mínimo con aquel tipo.

Cuando terminó de embaularse aquella barra de pan, con un salchichón dentro, dándole de vez en cuando una serie de tientos a una botella de vino, de la que bebía a morro, eructó varias veces, satisfecho. ¡Vaya costumbre más fea! ¡Jamás me ha gustado ese ruido que procede del

interior del cuerpo! Y es que yo soy un perro muy sensible, y ciertas necesidades, digamos fisiológicas, me gustan hacerlas en soledad. No me gusta hacer partícipes a los demás de esas “necesidades”. Luego, se dirigió a su camastro, donde la limpieza brillaba por su ausencia, sentándose. De una bolsa que tenía escondida debajo del colchón, sacó una bolsita de color verde, introduciendo los dedos y sacando unas hebras de color pardusco que había en su interior, las depositó en una hoja de papel de fumar que sostenía con dos dedos de la mano izquierda. Luego con cuidado, ayudándose con la boca, cerró la bolsa, y se lió un cigarro, enrollando las dos puntas, y llevándose a los labios. Luego, con una cerilla, aplicó la llama a un extremo de ese extraño cigarro. Canuto, lo llamaba él, y otros como él. Aspiró fuertemente, con lo que la brasa del canuto se avivó extraordinariamente, llegándole el humo hasta el fondo de sus pulmones. Repitió la operación de aspirar un par de veces más. Se echó hacia atrás, cerrando los ojos, y poniendo cara de felicidad. Yo observaba aquello con sumo interés. Ya había visto alguna vez en el parque hacer aquello mismo a otros, pero esta vez estaba viéndolo en primera fila. A los pocos segundos, abrió los ojos, y se quedó mirándome fijamente.

— ¡No sabes lo que te pierdes, perrito! Igual un día te dejo dar una calada, para que flipes. Pero claro, tú no sabrás aspirar. Pareces listo, tío. No sé que voy a hacer contigo, pero sería conveniente que te buscaras la vida por tu cuenta, porque yo apenas si puedo buscarme la mía. En fin, me imagino que igual por la mañana ya no estás aquí.

Siguió dándole chupadas a aquel cigarro destartado, y progresivamente, su mirada se volvía más risueña y perdida, empezando a decir inconsistencias sin cuento.

— ¡Aurora Boreal, rodéame con tus áureas sustancias! ¡Criaturas celestiales, invocad a los dioses de la inspiración, y envolvedme con vuestros brazos! ¡Colores del arco iris, reposad en mi paleta! ¡Ahhhhhhh! ¡Uhhhhhh!

Luego, como si su yo astral, abandonara su cuerpo, y colocándose enfrente de él, lo examinara, decía:

— ¡Míralo Jorge! —se decía, dirigiéndose a su yo extracorpóreo. — Una vida tirada por la borda. ¡Pobre hombre!, sin ilusiones, sin familia, sin una misión que cumplir, sin nada en lo que creer, sin nadie a quien querer, sin.... inada! Una vida vacía, solitaria, acompañado por un perro que... no sé porque se ha venido conmigo. ¡Seguramente le daré lástima! — terminaba, adentrándose en un profundo silencio, con la cabeza baja y la mirada perdida, los brazos laxos, colgando flácidos, sin ganas. Luego, de vez en cuando tosía, manoteaba, reía, lloraba hacía muecas y pronunciaba palabras inconexas, que salían como arrastradas de su boca, a cada cual más incomprensible. Yo asistía embobado a aquella manifestación de incongruencias, hasta cierto punto asustado, porque como era la primera vez, no sabía si eso era “normal”, como luego, en ocasiones posteriores, ya pude comprender. Finalmente, se recostaba, quedando quieto con la mirada fija al techo, en un punto fijo. La primera vez, yo también dirigí la mirada a ese sitio, como un tonto, pero no había nada. Solo la uralita.

Ciertamente, la vida que llevaba Jorge, no era para tirar tracas, pero era la vida que le gustaba, como manifestaba cuando no estaba bajo la influencia de los estupefacientes y se juntaba con otros que, al igual que él, habían elegido la vida bohemia para pasar el tránsito de la vida a la muerte. Sin embargo, me llamaba la atención, que todos ellos, sobre todo, los que tenían cierta capacidad artística, se esforzaban lo suyo, para que sus cuadros, tallas, manualidades, etc., tuvieran el reconocimiento de todos los demás conciudadanos que se detenían ante sus tenderetes, mirando y observando sus obras y su quehacer sobre la marcha. Pasaban de todo, decían, eran almas perfectas, se autodefinían, pero yo creo que perseguían de forma más o menos consciente, vivir de aquello, y vivir bien. Lo que pasaba, es que solo llegaban a ver cumplido su deseo unos muy pocos, y el que lo conseguía, normalmente, no estaba preparado para ello. ¿Qué haría Jorge, o cualquiera de aquellas almas en pena, si lograran verse reconocidos en su arte y ser aupados a la cima del dinero? Pues que, en vez de comprarse una casa normal, se comprarían la más lujosa que pudieran encontrar, es decir, se irían al punto extremo, y pronto estarían al otro lado de la vertiente. Al fin y al cabo, sentirían la necesidad de hacer ver a los demás, su triunfo. En el fondo, todos querían lo mismo: ser reconocidos y admirados por los demás. Pero lo más curioso de Jorge, es que un día me enteré, por una conversación que tuvo con sus amigos de la “basca”, que decía él, que su padre era General del Ejército, y por consiguiente, era una familia acomodada. Sin embargo, las ideas “progres” de Jorge, chocaron frontalmente con las de sus padres, especialmente con su padre, quien a la

vista de que no podía hacer entrar a su hijo en “vereda”, lo mandó a la calle, entre las protestas de su madre, para que aprendiera a ganarse la vida, a poder ser honradamente y si no, que se atuviera a las consecuencias de sus actos.

Al día siguiente, cuando despertó, allí estaba yo, esperándolo. Cuando me vio, paso su mano por mi lomo.

— ¿Aún sigues aquí, perro? Bueno, mira, me alegro. En el fondo me has caído bien. Así tendré compañía. Nos cuidaremos uno al otro. Te voy a llamar **Tornado**, en memoria de un perro que tuve cuando era pequeño, y que lo mató un camión cuando cruzaba la carretera. ¡No veas la de veces que me acuerdo de aquel perrillo!

Y así, pasé a tener un nuevo nombre. No estaba mal. Luego, cogió los bártulos y emprendimos camino del lugar donde solía instalarse, para ganarse el pobre sustento diario.

El parque al que íbamos, estaba siempre muy concurrido. Y al igual que Jorge, muchos otros, montaban sus bártulos a la sombra de cualquier árbol, y comenzaban a trabajar en sus cosas, fundamentalmente, relacionadas con sus habilidades personales: pintores, dibujantes, bisutería con hilo de plata, o alambre, lo que concitaba a su alrededor a un buen número de personas, que bien por ser paseantes, asiduos visitantes, jubilados, o paseantes circunstanciales, se detenían a observar el trabajo que realizaban. Había quienes solicitaban del artista un dibujo o un retrato, por el que pagaban muy gustosos la cantidad que se les pidiera, siempre y cuando el parecido, fuera lo más exacto posible.

Jorge, entre los artistas que acudían al parque, era uno de los que más gente reunía a su alrededor. Ya dije

antes, que a mí me parecía que estaba dotado para la pintura, y el público le reconocía su habilidad. Y digo esto, porque cuando alguien le pedía que le hiciera un retrato, quedaba, sin excepción, altamente satisfecho por la obra realizada. El parecido con el modelo, era extraordinario. Sin embargo, cuando no tenía que atender las peticiones de los clientes, el estilo de su pintura era de los llamados modernistas, de esos que cuando te los miras, primero de cerca, luego dos pasos más atrás y luego te marchas porque no sabes lo que es. En estos casos, yo creo que ni el propio autor sabe lo que ha hecho. Manchas, chorretones, y mil rayas de variado colorido y consistencia, forman un conjunto que, a los ojos del observador, si no es un snob, se presenta como una opción, para terminar de decorar una pared de su casa o de su chalet. O que no le guste en absoluto. Porque Arte, con mayúsculas, yo creo que es otra cosa. El que mira un cuadro, quiere apreciar lo que el artista propone para un determinado tema, sobre el que no puede haber ninguna duda. Solo entendiendo lo que se le propone, el observador será capaz de juzgar el contenido artístico encerrado en la misma, tanto en técnica de ejecución, como en su sensibilidad y acierto a la hora de plasmar el tema propuesto. Un conjunto de manchas, por muy bien distribuidas y coloreadas que estén, no es una propuesta: es el examen de un psiquiatra a un paciente, quien a la vista de esa imagen, le pide que diga lo primero que le venga a la cabeza. En este caso, el observador del cuadro, se convierte inconscientemente en psiquiatra de sí mismo.

Por ello, no era de extrañar que, mientras trabajaba en un cuadro, bien por encargo, o bien porque lo hacía

para él, se formaran algunos grupos que, en voz baja, analizaban su obra. Yo, que como ya sabe el lector, soy de naturaleza curioso y un poco “chafardero”, cuando veía a grupos de personas dialogar, unas veces tranquilamente, y otras, menos, pues me acercaba a ellos, y me sentaba tranquilamente a escuchar. Se aprende mucho de estas conversaciones. Y por eso no me explico, porque a veces los gobernantes hacen tan mal las cosas, si en estos corros de ciudadanos, se dan toda clase de soluciones a los diversos problemas que la vida o los propios políticos crean. Y además, con grandes dosis de sentido común. Bueno, al caso. En estos corros de críticos de arte, se oían opiniones que eran para enmarcar. ¡Cuántas veces eché en falta poder hablar! para poder dirigirme a tan erudita asamblea.

— Desde luego, en sus cuadros se refleja la vida interior del artista. Sus cuadros emanan paz interior, serenidad –decía uno.

— Y el trazo es firme, seguro, muestra una gran personalidad –decía otro.

— Y del color, ¿Qué me decís del color? Gran colorido, equilibrado y dominio de los claroscuros y de la luz –decía un tercero

— Este muchacho puede llegar. Yo creo que tiene un gran futuro ante sí. Si tuviera un poco de suerte. Una exposición en alguna galería, es lo que necesitaría.

Ni que decir tiene que, Jorge, cuando pintaba, pintaba a su aire, sin más cortapisas. Lo del trazo, firme y seguro, era porque tenía un pulso perfecto como correspondía a su edad. Sí que es verdad, que cuando los hacía, los realizaba de un golpe seco, y jamás volvía a pasar el pincel por encima. En cuanto al color, pues que

quieren, eso va con la persona. Si eres vitalista, utilizas todos los colores vivos y menos los oscuros. Si estas amargado, pues al revés. No hace falta ser psicólogo, para entender esto. Y sobre el motivo que quería representar, pues lisa y llanamente, ninguno. A su aire. Cuando se disponía a realizar una nueva obra, no sabía lo que iba a salir. Ante el lienzo en blanco, Jorge era como una pistola de pintura que se manejaba desde el interior de su mente, siguiendo las reglas que rigen la entropía. Y en cuanto a su vida interior, ¡No me hagan reír! ¡Que sabrán ellos de las penurias y amarguras que llenan la existencia de un espíritu libre, en búsqueda permanente de la felicidad y de la perfección! ¡Que sabrán sobre los flujos, influjos e influencias que la marihuana ejercía sobre su retórica psiquis! Y esto lo sabía yo de primera mano. Cuando estaba en su “estudio” y se entretenía pintando sus cuadros, se hablaba a sí mismo como si conversara con otra persona. Y de esa conversación, podía deducirse claramente lo que pasaba por su interior. Y desde luego, a mí nunca me pareció que estuviera plasmando en ningún momento su estado de ánimo. Cuando consideraba que ya lo había terminado, se lo miraba desde diversas posiciones y lejanías. Y en más de una ocasión exclamaba ¡Vaya mierda!, pero jamás lo rompía o destruía. Lo dejaba apoyado en la pared, junto con los demás. Al fin y al cabo, se trataba de un hijo de su imaginación, y como tal, aunque te saliera un poco tonto, lo querías igual.

Con Jorge estuve varios meses, casi un año, hasta que aparecieron por el parque, una serie de individuos mal encarados, armados con bates de beisbol, cruces gamadas tatuadas en los brazos, y amenazando con dar

una paliza a “todos estos progres rojos, escoria de la humanidad”. Con ellos vino la violencia y el sin vivir. Les cogían sus pocos enseres y se los arrojaban lejos. Si protestaban o se resistían, recibían golpes, y les destrozaban sus pertenencias. A Jorge, un día le rompieron dos o tres cuadros y una paleta. Cuando se revolvió, se llevó un puñetazo de un matón de aquellos, derribándolo al suelo, y cuando se disponía a darle patadas, comencé a “rugir” de esa manera que yo sé, y aquel energúmeno desistió de su intento, encarándose conmigo. ¡Menudo susto que me llevé! ¡Un tío con un bate en las manos, y con cara de pocos amigos! Por primera vez en mi vida, caí en la cuenta de que no debía meterme en los asuntos ajenos. Menos mal que las sirenas de la policía, tuvieron la beneficiosa virtud de que aquel asesino en potencia, se lo pensara mejor, y saliera corriendo. Jorge se levantó dolorido, y acercándose a mí, me acarició el lomo.

— ¡Gracias **Tornado**! ¡Si no es por ti, este nazi me mata! —dijo con cara de agradecimiento

Me dio un poco de vergüenza, porque la verdad es que no sé que hubiera hecho si la policía no hace su aparición. Pero de todos modos, comprendí que con Jorge, además de hambre y otras necesidades, iba a correr grandes peligros. Así es que empecé a considerar la conveniencia de un cambio de aires y de “socio”. A partir de aquel día comencé a pensar en mi futuro. Un día, andaba yo dándole vueltas a mi decisión de abandonar a Jorge, completamente abstraído y sin mirar donde ponía los pies, cuando de repente sentí un golpe en un costado, a resultas del cual, perdí los sentidos totalmente. Cuando los recobré, estaba recostado en una

mesa, y dos personas con la cara tapada por un paño blanco, mirándome fijamente.

— Ya ha vuelto en sí. De esta has salido con bien. Has tenido suerte —dijo una de aquellas personas, dirigiéndose a mí, naturalmente. «*¿Bien, de qué?*» pensé.

Luego, a los pocos días me enteré que había sobrevivido a un atropello de coche. Al parecer me puse a cruzar un paso de peatones en rojo, sin mirar a parte alguna. Tras el accidente, me recogió un furgón de la perrera y me trasladaron a la enfermería del centro municipal. Total, que me encontraba otra vez en el lugar que había jurado no entrar nunca. Pero ya se sabe, uno propone y el destino dispone. Y es que aparte de mi despiste, esto de los pasos cebra, es un peligro latente y constante. Con eso de que han proliferado tanto estos pasos con preferencia peatonal, sin semáforos, uno, cuando ve las rayas blancas en medio de la calzada, inconscientemente, nunca mejor dicho, piensa que está en un paso con preferencia, y a veces, mas de las que debería ser aceptable, ocurre un accidente, por falta de atención de los peatones, y por falta de precaución de los conductores. ¿Por qué no los diferencian con diferente color? De esa manera, sabríamos a qué atenernos, antes de poner un pie en la calzada. Cuando ya me vi en condiciones, pensé que, al menos, el accidente me había servido para llevar a cabo sin traumas emocionales, mi decisión de cambiar de aires y de “colega”.

Capítulo V

Ulises

Como digo, me veía otra vez en la perrera, con lo que eso conlleva, caso de no ser adoptado por algún alma caritativa amante de los animales. «*Al menos – pensé – ahora tengo experiencia sobre cómo actuar*». Así es que me dispuse a desplegar ante mis futuros “colegas” todas mis habilidades de *showman*. Debido a que yo me considero un espíritu libre, y a que tengo principios, me niego a decir “amos”, por no hacerme a mí de menos, y afrontar a mi posible libertador.

Y así fue. A los pocos días de estar en el centro de recogida, y una vez repuesto, me pusieron en el “mostrador” para ver si alguien se me quería llevar. Pasaron varios posibles “clientes”, sin que el despliegue de mis habilidades, les impresionara lo más mínimo. Debían ser gente torpe y sin espíritu. Comenzaron a aparecérseme los fantasmas de mi anterior estancia en un centro de estos, debido a que los días pasaban, y nadie “pagaba mi rescate”, cuando un día, por la tarde, se plantó delante de mi reja, un matrimonio con un niño de ocho o nueve años. Se me quedaron mirando con interés. Yo hice lo mismo. Me los miré a los tres, y lo que vi me gustó. Comencé a mover el rabo, y lentamente me fui acercando a ellos. El muchacho pasó su mano por mi lomo. Algo de él, me llamó la atención. No sé, sus movimientos un tanto extraños, como exentos de coordinación. Luego supe que era ciego. Me acarició la

cabeza, recorriendo todo el contorno con sus dos manos, como si quisiera mediante sus dedos, hacerme un retrato del contorno. Tras un momento de suspense, me atrajo hacia su pecho, abrazándome. Y así fue, que abandoné por segunda vez, el centro municipal de recogida de animales. Era como una segunda oportunidad.

Cuando me llevaron a su domicilio, lo primero que hice, sin esperar a mas, fue buscar el cuarto de baño, y más concretamente la bañera. Como es natural, aquella reacción mía, nada mas franquear la puerta, les cogió totalmente desprevenidos, limitándose a venir detrás en mi recorrido de reconocimiento y búsqueda. Yo les oía exclamar frases de admiración, cada vez que yo llegaba a una habitación y miraba en su interior, para luego seguir hasta la siguiente. Habían deducido que yo buscaba algo, pero como es lógico no sabían qué. El niño preguntaba constantemente sobre lo que yo estaba haciendo, al oír los comentarios de sus padres. «*Está buscando algo, pero no sabemos qué*» le dijeron. Cuando por fin, encontré lo que buscaba, y me metí dentro de la bañera, se quedaron petrificados en la puerta del baño, mirándose entre ellos.

— ¿Será posible? – dijo el hombre.

— ¿El qué? –preguntó el niño.

— Se ha metido en la ducha, y está moviendo el rabo. ¡Está pidiendo que lo bañemos! –respondió a su hijo, su madre.

— ¿Qué quiere una ducha? –dijo admirado el niño.

— Vamos a comprobarlo ahora mismo –dijo el padre, dirigiéndose hacia mí, y cogiendo la percha de la ducha, abrió los grifos, calibrando la temperatura con la mano, rociándome con el agua a continuación.

Yo me senté tranquilamente, recibiendo aquella bendita lluvia, entre sus comentarios admirativos. ¡Eran ya muchos días, sin una buena higiene! En esos momentos placenteros, pensé que había caído en un buen hogar, y que mis nuevos “socios” me iban a caer bien.

Una vez duchado, nos fuimos al salón, donde ya habían ubicado una enorme cesta, acorde con mis dimensiones. Cuando la vi, me fui directamente hacia ella, ocupándola de inmediato. Luego miré a mis asombrados testigos.

— Bueno, Pedro, ¿qué te parece tu nuevo acompañante? —le preguntó el padre al niño.

— ¡Muy bien! Es listo, muy listo y cariñoso — dijo

— ¿Tu crees que servirá para hacer de perro— guía? — le pregunto la madre al padre.

— ¡Ya lo creo! Este perro tiene inteligencia. Pero ¿no ves como nos está mirando? ¡Pero si parece que entiende!

— Es que nos entiende — dijo tranquilamente, Pedro

— Desde luego, por su actitud cualquiera lo diría — dijo su padre.

— No, no. Es que nos está entendiendo todo lo que decimos. Es un perro muy especial. —repitió Pedro.

— Bueno, sí. —dijo el padre mirando a su madre.

— Ya veo que no me creéis. Pero yo os digo que este perro entiende el significado de las palabras. Por eso, lo voy a llamar como uno de mis héroes favoritos de la Odisea, **Ulises**.

Yo no entendía lo que significaba **Ulises**, pero tratándose de un héroe, el nombre debía ser importante. Su padre le iba a decir algo, pero un movimiento

imperceptible de la madre, aborto la acción. Mientras, Pedro, se levantó y con su bastón, se dirigió directamente a donde yo estaba echado. Me volvió a acariciar y a estrecharme contra su pecho. Había nacido una amistad eterna.

Pedro, era un niño extremadamente inteligente, pero estaba aquejado de una grave enfermedad que le producía la ceguera, junto con otros problemas importantes de salud. Pero su extremada sensibilidad, le había permitido entender mis facultades a primera vista, o mejor, al primer contacto. Con su alma “veía” mucho más que cualquier mortal con sus ojos. Su “vista” era más profunda y se alimentaba de sensaciones, las cuales, le proporcionaban una mayor certeza y seguridad sobre la naturaleza de las cosas o personas que se cruzaban en su camino. No necesitaba ver con los ojos, para conocer su entorno y a los que le rodeaban. Difícilmente, se le podía engañar, porque cuando dos almas dialogan, no hay posibilidad alguna de que esto ocurra. La verdad es que nos entendíamos a las mil maravillas. Casi sin hablar.

Fui llevado a un centro especial de aprendizaje para perros destinados a ejercer las labores de guía de personas ciegas. Para mí fue, coser y cantar. Me enseñaron voces, gestos, sonidos y otras señales necesarios para hacer de guía. Ellos no sabían de mis cualidades, y se asombraban cuando me adelantaba a sus órdenes, pues yo ya había deducido por sus palabras lo que querían que hiciera. Un día, vino Pedro con sus padres, para que los dos juntos, anduviéramos nuestros primeros pasos en compañía, yo en mi función de perro— guía, y Pedro dándome las órdenes mediante voces y gestos, que también le habían enseñado. Su

sorPRESa fue, cuando sin gestos, ruidos ni movimiento alguno de mano, yo hacía lo que había que hacer. Les sorprendió la sonrisa que Pedro y yo llevábamos impresas en la cara. Bueno, la mía no sé si la notarían, porque es un poco diferente a la humana. Pero les puedo garantizar que reía de oreja a oreja. Y era que nos hablábamos con la mente y la mirada. Ellos se miraban y no decían nada. Así hasta que un día, su padre, se acercó a mí, y cogiéndome de la cabeza, se puso frente a mí, mirándome fijamente, como si quiera comprobar lo que le había dicho su hijo. No sé si se fue convencido. Pero cuando estábamos en casa, y comentaba cierto tipo de cosas, me miraba por el rabillo del ojo, para ver mi reacción. No sabía que yo ya le había visto el juego, y me hacía completamente el tonto.

El padre de Pedro, era bancario, ejerciendo como ejecutivo de una Entidad financiera, que por aquellos días, andaba en negociaciones con otra para fusionarse. Y como suele ocurrir en este tipo de operaciones, las fusiones empezaban de arriba a abajo, es decir, primero, los que están en la cima de la pirámide se contemplan disimuladamente, como quien no quiere la cosa, pues adivinan lo que ustedes y yo ya sabemos: los dos quieren conservar el puesto en lo alto de la nueva pirámide, y la lucha puede ser encarnizada. Este primer reconocimiento de las circunstancias personales de los dos “capos”, es la condición fundamental, para que una fusión de dos entidades, sean del tipo que sean, se pueda producir. Y hasta que esto no ocurre, no se baja al escalón siguiente. Las edades de los que ocupan el punto más álgido de las dos pirámides es determinante para que la fusión se produzca. Toda esa fruslería que se dice

después, de que la nueva entidad es más fuerte, competitiva, dinámica, etc., etc., son brindis al sol y puro palabrerío, que tratan de enmascarar la verdadera realidad de la fusión. Si uno de los dos “gallos” esta en edad próxima a la retirada o jubilación, la fusión es más que probable, que digo, es absolutamente seguro que se llevará a cabo. El mas “mayor”, cede gustosamente su sitio al adversario, a cambio de, ¿se lo imaginan ustedes?, ¡claro, dinero, mucho dinero!, cantidades que ninguno de ustedes podrían juntar en diez o doce vidas. Y puestos de acuerdo estos dos, comienzan los cánticos de gloria a favor de la fusión: es absolutamente necesaria y conveniente, lo piden los nuevos tiempos, de la crisis se sale más fortalecido, no habrá despidos de trabajadores, porque todos son necesarios y forman el activo más valioso de la entidad y bla, bla, bla. Si los dos tienen una edad considerada como óptima para ejercer, la fusión, casi con total seguridad, no se va a producir. Claro que la cosa cambia, si una de las empresas, esta tan mal, que en realidad una absorbe a la otra, en cuyo caso no se plantean estas circunstancias tan trágicas, pero si el “capo” de la que absorbe, está cerca de la jubilación, tengan ustedes por seguro, que se irá “forrado”, a cambio de facilitar la necesaria incorporación de savia nueva, que emprenda con renovados bríos los nuevos tiempos, etc., etc., es decir lo de siempre, con el mismo resultado.

En el caso de mi familia de acogida, la fusión era de las complicadas: ninguna partía con preponderancia sobre la otra, y la preocupación del padre de Pedro, radicaba en que su jefe, era el que tenía más edad, cercana a la jubilación, lo que en virtud a lo que he dicho antes, añadía al problema, inquietantes flecos para los

que estaban en los escalones inferiores. Porque claro, el *staf* directivo de la nueva entidad, sería diseñado y nombrado por el que se quedara de mandatario, y lo lógico es que eligiera a personas que ya conociera y fueran de su absoluta confianza, es decir, miembros de su propio *staf*. Lo que introducía un inquietante y tenebroso velo sobre el futuro de los miembros del *staf* del saliente.

De vez en cuando, se reunían en casa de Pedro el resto de ejecutivos de la Entidad bancaria, y allí, comentaban sin tapujos ni ambages, los pormenores de la fusión y las negociaciones que, naturalmente, llevaba personalmente, su jefe.

Yo me agazapaba, junto a la alfombra y poniendo cara de perro, nunca mejor dicho, no perdía ripio de lo que allí se decía. ¡Y qué cosas se decían! Desde luego, ninguna buena ni agradable de su jefe, al que tildaban de traidor, oportunista y falso. Y yo me preguntaba, como siendo así, no se juntaban todos, se presentaban ante su jefe, y le ponían las peras a cuarto, exigiéndole lo que consideraran oportuno, y amenazarlo con que, de no ser así, presentarían en bloque su renuncia, lo que sería un golpe demoledor. Pero ¡ay amigo!, todos ellos eran esclavos de sus generosas y bien provistas nóminas mensuales, y en el fondo, cada uno de ellos, esperaba salvarse por sí solo de la quema, y en un golpe de oportunidad, colarse hábilmente en el nuevo *staf*, mediante acercamientos, pavoneos, demostraciones y otras habilidades, ante el nuevo y próximo Director General. Por ello, por cobardes, aguardaban callados, pillados en sus propios egoísmos, a la espera de ser uno de los agraciados, y así se les pasaba el tiempo criticando

al jefe, sin hacer nada, caminando hacia su próxima defenestración, lo que conllevaría, casi con seguridad, su salida de la entidad, ya que sus *egos* no les permitirían estar a la misma altura, o por debajo, de antiguos compañeros, quedando a la merced de puyas más o menos directas y o crueles, que a partir de aquel momento, a buen seguro, se producirían.

Yo les observaba con atención. Tan serios que parecían, y allí, largaban cada ordinariez dirigida a su jefe, que a mí me llenaba de asombro. Criticaban todo lo que hacía, la organización que había establecido, sus iniciativas, sus frases, sus puntos de vista, y aún así, no hacía mucho que le reían las gracias y le felicitaban por cualquier cosa. E incluso, ahora mismo, si se presentara de repente en aquella reunión. ¡Como es el ser humano! Naturalmente, ellos también estaban cogidos en sus propias redes. Y lo sabían. Si sostenían que una empresa debería poder prescindir de un trabajador, en el momento en que por la razón que fuere, el trabajo y los ingresos comenzaran a flaquear, sin mayores problemas que la comunicación del despido y un eufemístico, “gracias por sus servicios”, ahora ellos, por la misma razón, no debieran enfadarse tanto, y aceptar el hecho como un lance del juego sin más. Pero, ¡ah, amigo! No es lo mismo predicar que dar trigo. Y el mal, en cabeza ajena, es más llevadero que en la propia.

De vez en cuando, Ricardo, el padre de Pedro, me miraba disimuladamente. El pobre hombre, seguía con las dudas, sobre mis facultades para entender a los humanos. ¡Buen lio le había metido en su cabeza, el comentario de Pedro sobre mis portentos! Pero aparte de todo, también era un trauma el que flotaba sobre las

cabezas de todos los presentes. Tras ellos, les tocaría el turno a los trabajadores, ¡como siempre! Con la fusión, se iban a producir duplicidad de oficinas en algunas plazas, y ello conllevaría el cierre de algunas y la correspondiente recolocación de sus empleados en otras, o simplemente, promocionados a la calle. Todo ello, ¡faltaría más!, voluntariamente, pues la entidad ya había declarado a los medios de comunicación y al mundo entero, que no habría despidos. Y a estos pobres, si que no les estaba permitido expresar opinión alguna, que no fuera acatar las nuevas órdenes dimanantes de la superioridad. Si te parece bien, pues eso, y si no, plan B, con la ruta que te espera, vista la cual, el propio empleado decide voluntariamente irse a la calle. Al menos, se llevaría dos años de paro, que les permitiría buscar sin tanto agobio un nuevo trabajo. Lo de siempre.

Ricardo, era un hombre entregado a la Entidad en cuerpo y alma, hasta el punto que era raro el día que aparecía por casa a comer. Normalmente lo hacía fuera, a cargo de la empresa, que también hay que decirlo, y metía horas sin cuento a su trabajo, incluidas las del fin de semana, con el fin de poder aportar soluciones y estudios a los problemas que día a día planteaba, el Banco de España, Hacienda, la competencia y la vida misma. Con seguridad, se ganaba hasta el último céntimo que cobraba. Y tal vez por ello, se consideraba agraviado con la actitud de su Director General, el cual, descaradamente, había optado por salvar su estatus, en detrimento de sus colaboradores, consciente como era de su falta de fuerza, debido a su edad. Poco podía influir en el sentido de colocar a los suyos, dado que su permanencia en la entidad estaba completamente

determinada por el detalle vital, de haber nacido antes que su opositor. Así es que, al menos, él sacaría adelante su propio destino. Otra cosa no podía hacer. Pero ello no impedía que sus adjuntos, sintieran en estos momentos, un cierto resquemor hacia su persona. Pero en el fondo, sabían que ellos habrían actuado exactamente igual.

Yo, que como digo, me empapaba de todo, sentía una cierta lástima por Ricardo. Es duro que los años de esfuerzo y dedicación no valgan absolutamente nada, en momentos como estos. Pero lo peor es que, con mucha frecuencia, demasiada, aquellos que no se han distinguido por sus aportaciones a la hora de trabajar, pero han sabido tocar las teclas del jefe, en los momentos oportunos, eran los que se hacían con los puestos importantes, ante la indignación de los demás.

Recuerdo yo que un día que íbamos paseando los tres, Ricardo, Pedro y yo, nos encontramos con un elemento, que por sus andares, parecía sacado de una obra de vodevil. Se alabeaba más que una excéntrica. Cuando nos vio, se dirigió directamente hacia nosotros, con una sonrisa de oreja a oreja, falsa y forzada a más no poder. Ricardo, que no le profesaba mucha devoción, porque como luego comentó, era un “pelotas” rastrero, que su primera misión del día, era oler los vientos de su jefe inmediato, para sincronizarse con él, le saludó escuetamente.

— Hola que tal.

— Buenos días. Qué, ¿llevando al perro de paseo? — dijo

— Estamos dando un paseo, haciendo tiempo —le contestó Ricardo evasivamente

— Por cierto. Aquel informe que me pediste, te lo daré el lunes. He estado todo el fin de semana trabajando sobre ello. Qué curioso, el pelo es de color rosa, ¿no será “perrita”?— dijo con una sonrisa, a la vez que hacía las comillas con los dedos de las dos manos

Por lo visto, era de ese tipo de personas que quieren ser o parecer graciosos, pero que resultan grotescos e inoportunos. Estuve en un tris, de levantar mi pata y mear sobre sus pantalones. ¡Qué tío más empalagoso! Y a lo mejor se pensaba que tenía gracia, con ese bigotillo ridículo. Más le valdría vigilar su “alabeo” de bailarina. Pedro, tiro de mi correa como intuyendo mi reacción. Nos miramos y nos dijimos todo lo que nos teníamos que decir. Al unísono nos apartamos de aquel “florero”. El padre de Pedro y aquella veleta que no paraba de mover los brazos, estuvieron hablando unos pocos segundos más, para finalmente despedirse.

— A este tío, lo mandaba yo a un oasis, si tuviéramos una oficina en uno. Dice, que ha trabajado el fin de semana. Ya lo dudo yo. No sé cómo lo soporta su jefe.

La salud de Pedro se fue deteriorando con el paso del tiempo. Habían pasado ya casi dos años desde que entré a su servicio como guía, y habíamos congeniado muchísimo. Su falta de vista, le había permitido desarrollar otras facultades mucho mas profundas y que se basaban en las sensaciones que percibía por sus poros, oídos, tacto, etc. Como ya he dicho antes, este tipo de información le permitía conocer con mayor profundidad a las personas que se relacionaban con él. El tono de la voz, la forma de hablar, la musicalidad de las palabras, le informaban mucho mejor de la persona que tenía delante, que la información que le hubiera

proporcionado la vista. Era un niño sensible, y alegre, enormemente alegre. Era como si hubiera asumido que su paso por este mundo no se demoraría en exceso, y que debía aprovechar su tiempo, el que fuera, para llevarse con él, las mejores cosas que la vida podía ofrecerle. La amistad, el conocimiento, la música, la pintura, la escritura. Era un ser ávido de cariño y de sensaciones. Pero conforme el tiempo pasaba, sus enfermedades, pues no era una sola, le iban acotolando la vida. Cada vez lo limitaban más. Y él se amoldaba a sus nuevas posibilidades, sin protestar, sin una queja, sin un reproche.

Se me fue, una noche de mayo. Yo estaba a su lado, pues intuí que su final estaba cerca y no quise separarme de él. Sentí, cómo en la oscuridad, su mano me buscaba y al encontrarme, la apretó contra mi cabeza, en un acto de despedida. Yo mantenía la cabeza erguida para mantener la presión de su mano, y a los pocos instantes, sentí como aflojaba su presión, quedando finalmente lasa y sin fuerza. Y se fue, así, en silencio, sin un gemido. No pude evitar emitir unos sollozos, y sentí como por mis mejillas, un torrente de lágrimas se deslizaba silenciosamente. Era la primera vez que perdía a un amigo, un verdadero amigo. Y eso duele. Y mucho. Deja un profundo vacío en tu alma y en tu vida. Y sientes que tú también te mueres un poco. Desde luego, Pedro, estaría siempre en mis recuerdos. Se lo había ganado.

Al entierro de Pedro, no pude asistir, pues me dejaron en el jardín de la casa, ya que según parece, no estaba permitida la presencia de perros u otras mascotas en estos actos. En medio de mi tristeza, me di cuenta de que mi misión en aquella casa, había terminado. Tras

meditarlo mucho, decidí que debía seguir mi vida a mi modo. Así es que tomé un poco de carrerilla, y salté limpiamente la valla que limitaba el jardín, no muy alta, para caer al otro lado, un jardín perteneciente a la urbanización en la que vivíamos. Una vez fuera, miré por última vez la casa y con pena infinita por la pérdida de un gran amigo, me fui camino abajo, en busca de mi destino inmediato.

Capítulo VI

Sultán

Bueno, pues otra vez dueño de mi destino, y responsable de mi mismo. Fui deambulando por el interior de la urbanización, y a cada poco, unos ladridos llamaban mi atención. Eran las mascotas de los dueños de aquellos chalets, que al sentir mi paso, se acercaban a las verjas de las puertas, con ánimo de saludarme. ¡Para saludos tenía yo el ánimo! Así es que, ignoré todas aquellas llamadas, con lo que realmente me sentí mal, pues yo de naturaleza soy cordial y correcto, y miro mucho las formas y la etiqueta. Pero como digo, la tristeza me acompañaba, y aunque aquello era impropio de mi, seguí mi camino hasta llegar a la puerta de la urbanización que daba al mundo exterior. Cuando llegue a la barrera levadiza, el guardia de seguridad salió a mi paso.

— ¡Hombre si tenemos aquí a **Ulises!** Estarás apenado, ¿verdad? Pedro era un gran muchacho y una buena persona, ¡Qué lástima! Lo vamos a echar mucho de menos, y seguramente tú, el que mas, ¿verdad **Ulises?** —dijo el guardia, a la vez que acariciaba mi lomo. ¡No sabía bien, lo que yo sentía la muerte de Pedro! ¡Como que era la razón por la que me iba!

— Por cierto, es raro que este suelto este animal. ¿Se habrá escapado? —se dijo a si mismo.

Yo le adiviné las intenciones, y antes de que pudiera reaccionar, salí a la carrera rumbo a la ciudad. Detrás

quedó el portero, gritando ¡Ulises! ¡Ulises, ven! Ni caso. Hasta que no pasó un buen rato, no paré de correr. Tras deambular por espacio de varias horas, llegue a una plaza, enorme, en cuya parte central, había árboles, césped y bancos. Y en el centro, una fuente. Debido al calor reinante, sentí la necesidad de meterme dentro de la fuente, y refrescarme a gusto. Dicho y hecho. Cuando más a gusto estaba, vino un guardia municipal dándome gritos para que saliera de la fuente.

— ¿Es de alguien, este perro? —dijo al ver el collar en mi cuello.

Como no respondía, nadie, comenzó a hacerme gestos como para que me acercara. ¡Si hombre! ¡A mí, con ese hueso! Terminé tranquilamente de refrescarme, y salí por el lado opuesto a donde se encontraba el guardia, quien no hizo amago de seguirme. ¡En eso estaba pensando, el orondo y grueso agente! Me senté junto a un árbol, cobijado bajo su sombra. Necesitaba relajarme durante un rato, y meditar. Sobre todo meditar. Cerré los ojos, sumiéndome en un proceloso mar de negros pensamientos, cual nubes cargadas de lluvia, a punto de descargar. Primero una, luego dos, tres, cuatro, y cientos de gotas empezaron a caerme encima. Abrí los ojos, y estaba lloviendo con ganas. Miré alrededor, por ver de algún lugar donde guarecerme. Finalmente, vi el lugar perfecto, debajo de un banco de piedra. Me dirigí a toda velocidad hacia el lugar, pero cuando ya llegaba, un gato había tenido la misma ocurrencia que yo. Así es que los dos llegamos al refugio al mismo tiempo. Una vez resguardados, nos miramos de arriba abajo. El gato, mantenía los ojos entornados y arqueaba el cuerpo, en actitud hostil. Por mi parte, comenzaba a enseñarle mis

caninos, a la vez que emitía el ronroneo espeluznante que tan buenos resultados me daba. Vi como el gato, se apretaba contra uno de los lados del banco, en claro retroceso, pero no podía apartarse más. Bueno, ya saben que soy de la creencia de que los gatos están de más en este mundo, pero aquella claudicación, sirvió para que la tensión se relajara. Al fin y al cabo la que estaba cayendo fuera de aquel banco, era lo suficientemente importante como para tener un gesto de buena voluntad con aquel animal. Además, en honor de la verdad, había llegado al lugar, un segundo antes que yo. Así es que comencé a remitir los gruñidos y a ir ocultando los colmillos. Así pareció entenderlo el gato, pues también adoptó una posición más confiada. Y allí estábamos los dos, uno al lado del otro, debajo de un banco, y esperando a que escampara. Así estábamos, cuando alguien nos hizo una foto con su cámara. Me acordé de los “paparazzi” de la prensa del corazón. Si no hubiera sido porque estaba lloviendo a cántaros, aquel intrépido se hubiera enterado del precio de la foto. Yo miraba por el rabillo del ojo al gato, y él hacía exactamente lo mismo. Se ve que no confiaba mucho en la duración de la tregua, y estaba al tanto de todos mis movimientos.

Cuando terminó de llover, abandonamos nuestro refugio, y cada cual marchó por su lado. Habíamos demostrado al mundo que, en condiciones extremas, la concordia entre dos mundos enfrentados, era posible. La plaza había quedado solitaria. Durante varios días anduve sin rumbo fijo. Era verano y hacía un calor que rozaban los cuarenta grados. Desde luego, un parque es la mejor zona para vivir en verano. No solo porque sueles encontrar comida con relativa facilidad, refrescantes

fuentes o arroyuelos donde calmar el calor, sombra donde refugiarse para echar una buena siesta, etc. sino que, además, puedes hacer amistades con otros perros, y vivir situaciones como la que me paso a mí, y que me proporcionó mis siguientes colegas.

Como quiera que normalmente al parque acudieran las mismas personas, acompañadas de sus perros, desarrollamos entre nosotros, los perros, lazos de verdadera amistad. Yo, debido a que no llevaba correa, tenía plena libertad de movimientos, lo que provocaba comentarios de desagrado entre los dueños de los perros, criticando a mi “dueño” por permitirme ir sin la preceptiva correa. Sin embargo, al cabo de los días, y viendo mi actitud tranquila, colocándome al lado de su mascota, y caminando junto a ella, manteniendo ambos, una “conversación” de la que él era ignorante, los comentarios despectivos, trocaron en admirativos. Les hacía gracia que todos los días realizara la misma acción. Tras acompañarles durante un rato, me separaba y me dirigía a otro lugar, a saludar a otros compañeros. Recuerdo como mis colegas de especie, me miraban con envidia, al verme suelto, sin la esclavitud de la correa. Desde luego, hay que ver la cantidad de yugos que el ser humano se impone a sí mismo y a los que le rodean, por no aplicar desde el principio, acciones y criterios con sentido común. ¿No sería más fácil, enseñar a sus mascotas a ser educadas, amables, hacer sus necesidades en casa y evitar con ello, la odiosa correa? ¿Acaso les gustaría a ellos que alguien les controlase en todo momento, tirando de una cuerda, para traerlos al camino correcto? Yo vivía aquellos días, disfrutando plenamente de mi libertad. Y es que aunque yo soy un ser sociable, y

que me gusta relacionarme con otros seres, también me gusta hacer, de vez en cuando, lo que me venga en gana, sin que tenga que existir una razón objetiva para ello. Solo, por saborear el sentirse libre para todo. De todas formas, es bien triste que, en los tiempos actuales, en los que el ser humano, ha llegado a establecer, en mayor o menor grado, el estado del bienestar, entre sus derechos fundamentales, donde los medios y los conocimientos le proporcionan inmensas posibilidades para ser feliz, se tenga que auto limitar esta libertad, porque hay individuos que se empeñan en destruir este logro, aprovechando las debilidades que en un estado así, se producen, gracias al avance de los derechos de las personas. Y es que no todas avanzan a la misma velocidad. Es imposible que en un proceso de evolución, todos avancen formando una única línea. Se producen desequilibrios e injusticias, en todos los casos inaceptables, que llevan inevitablemente a que en aquellos lugares y sociedades, donde este avance no se produce, los desheredados y olvidados por todo y por todos, aniden en su alma odio exacerbado hacia la otra parte, a la que culpan de su desgracia, y ello les lleve a cometer acciones de terror contra los que achaca todos sus males, pagando justos por pecadores. Este odio, les impide verse como parte del problema que en el que viven. La culpa es siempre de la otra parte. Un desheredado que ha decidido tomarse la justicia por su mano, jamás admitirá que él mismo, forma parte del problema. Y ya se sabe, el odio propio, alimenta el odio ajeno. Y viceversa. Es la historia de nunca acabar.

También me llamaba la atención, ver como un grupo de jóvenes, de forma cotidiana, se reunían bajo la sombra

de un enorme árbol, sentados en unas sillas que sacaban de los vehículos que conducían, formando un amplio círculo. Daba gusto verlos desde la distancia, dialogar tranquilamente, por espacio de un par o tres de horas. Luego, recogían sus asientos y desaparecían hasta el día siguiente. Sin embargo, si te acercabas al lugar que habían ocupado momentos antes, el desaliento se apoderaba de uno. Estaba cubierto de cáscaras de pipas, latas de refrescos, colillas, bolsas de plástico y paquetes vacíos de tabaco. Estoy casi seguro, de que si les hubieran preguntado su actitud vital ante la naturaleza, se habrían declarado naturalistas y conservacionistas. Pero sus hechos les habrían delatado. ¡Qué pena! Tan jóvenes y ya presentan la dualidad de la sociedad humana, que dice una cosa y hace la contraria. Son astillas de tal palo.

Como digo, un día que estaba tranquilamente sentado bajo la sombra de mi árbol favorito, dormitando unos ratos, observando a los que pasaban otros, haciendo tiempo hasta la hora de comer, observé como un grupo de mozalbetes se juntaban y parlamentaban en secreto. Como soy curioso, y como quien no quiere la cosa me fui acercando tranquilamente hacia el grupo. Cuando llegué a su altura, observé que se habían sentado en el suelo, sobre el césped, formando un círculo, apartados del resto de transeúntes y paseantes. Yo con naturalidad, me fui hasta el centro del corro y allí mismo me senté, ante los jocosos comentarios de los chavales que rápidamente me adoptaron, acariciándome el lomo, haciendo chascarrillos sobre mi color, y echándome todo tipo de comida, caramelos y chucherías en su mayoría, y un

bocadillo a medio comer, que como es lógico, fue a lo primero que dediqué mi atención.

Aquella pandilla de gamberros, pues de eso se trataba, estaban organizando las posiciones que iban a ocupar dentro del parque para las actuaciones de los grupos. Consistían éstos en un número de tres muchachos, de forma que una vez seleccionada la víctima, dos de ellos se colocaban por delante de la misma a una cierta distancia, para realizar una serie de acciones de distracción, mientras que el tercero se colocaba por detrás del incauto o incauta. Se trataba de quitarle cualquier cosa: un pañuelo, un sombrero u otras cosas que pudiera llevar, de forma que una vez suficientemente mareado el “pipiolo”, que así llamaban a la persona objeto del escarnio, lo arrojaban lejos de él, emprendiendo la huida rápidamente, para volver a juntarse pasado un rato y comenzar de nuevo. A mí me divertía de lo lindo observar sus travesuras, y los acompañaba en sus locas carreras. Ni que decir tiene, que me hice rápidamente con el grupo. Tras participar como observador, decidí pasar a la acción yo también.

El hombre venía paseando tranquilamente, fumando un enorme puro, al que propinaba profundas y placenteras inhalaciones, exhalando las volutas de humo por nariz y boca, con cara de gran satisfacción. En la mano izquierda, llevaba un periódico doblado, y miraba con atención en busca de un banco situado bajo alguna sombra, donde sentarse y poder leer a gusto el periódico. Vi como los muchachos lo seleccionaban, y rápidamente comenzaron a desplegarse, para realizar las acostumbradas maniobras. A la vista de aquello, me dispuse a tomar mi posición sobre el terreno y me situé a

su lado, a una cierta distancia. Cuando vi que los dos muchachos situados delante de él, comenzaron a hacer sus papeles, gritando y corriendo, para atraer la atención del “pipiolo”, me dispuse a actuar. El hombre se detuvo un instante, intrigado, con la atención puesta en los mozalbetes que se acercaban hacia él, en alocados movimientos, momento en el que yo, tomando carrera y acercándome a toda velocidad por su derecha, di un salto limpio y con mi boca le arranque el puro de la suya, aterrizando, limpiamente sobre el suelo. Por un instante, todo el mundo se quedó paralizado. El “pipiolo” porque no sabía lo que había pasado, reflejando en su cara, con la boca abierta, un desconcierto mayúsculo, y los muchachos porque se quedaron de piedra al ver mi atlético salto. Tras esos instantes gloriosos, en los que parecía que la vida había quedado en suspenso, todos recobramos la consciencia. En ese instante, el hombre se dio cuenta de que su puro ya no estaba en su boca sino en la mía. Los chicos comprendieron que yo también jugaba a aquel juego, y los transeúntes, testigos de la acción, comenzaron a reír, algunos, y otros a comentar lo extraordinario del suceso. Y yo, que emprendí una loca carrera seguido de los tres muchachos, hacia el lugar de encuentro. Cuando llegamos, fui celebrado, acariciado y nombrado miembro de honor de su cofradía. Ni que decir tiene que ese día ya no celebramos más juegos. Se juntaron todos, y se pasaron el día hablando de mí. En cuanto al puro, se lo fumaron ellos, pasándoselo por turnos, hasta que el enorme y grueso habano, se convirtió en humo y cenizas.

— ¡Hay que ponerle un nombre! —dijo uno de los muchachos, propuesta que fue aceptada por todos.

Reunidos en asamblea, sentados en círculo, comenzaron a proponer nombres sin cuento. Yo, sentado en el centro del corro, como quien ni le va ni le viene, escuchaba con atención. Por fin, tras arduas deliberaciones, acordaron darme por nombre **Sultán**.

— Si hubierais visto la cara de aquel hombre. Se quedó *embobao*. No se podía creer lo que le había pasado. Cuando vio su puro en la boca de **Sultán**, se puso rojo de ira, y cuando comprendió que íbamos todos juntos, no veáis como nos puso de hijos de p. Aún le debe de durar el susto. —dijo uno que se apodaba “el Luisfe” — os digo yo que este perro sabe latín. ¡A saber con quién habrá estado y lo que le habrán enseñado! Si lo enseñamos bien, nos podemos dar un hartazón de reír.

La cuestión es que lo pasábamos fenomenal, haciendo enfadar a la gente. Si ya sé lo que estaréis pensando, que esto no es propio de mí. Ya lo sé, pero solo se vive una vez, y si no hago el gamberro, ahora que soy joven, ¿Cuándo lo voy a hacer? Al fin y al cabo, tampoco es para tanto. Yo participaba en aquellos juegos, de formas muy variadas. A veces era yo el que acaparaba la atención del “pipiolo” y en otras era yo “el manguis”, o sea, el que se llevaba el periódico, el pañuelo o lo que fuera. Fueron unos días deliciosos, en los que yo era adorado por mis muchachos que, aunque algo gamberretes, eran bastante sanotes. Pero en esta vida todo se acaba. Y el buen ambiente, se acabó, el día en el que se incorporó “el Juanjo”, un maleante en toda la regla. Un poco mayor que los demás, lo vi observándonos durante varios días, y en su maléfica mente, proyectó utilizarnos para sus malas artes.

— ¡Bah! Eso que hacéis son tonterías que no reportan beneficio —les dijo, ante las miradas de incomprensión del grupo.

— Podemos introducir una variable al juego, que nos proporcionará algún dinerillo extra para comprar lo que nos apetezca.

Aquellos infelices, solo eran gamberros, no delincuentes, pero hay que reconocer que la línea que separa esos dos conceptos, está tan cerca que es muy fácil traspasarla. Yo me puse en guardia ante lo que les proponía aquel maleante: simplemente atacar a personas mayores y llevarse el bolso, donde a buen seguro habría “dinero y otras bicocas”. Todo un cambio en la filosofía de nuestro juego, donde nunca se elegía a personas mayores y jamás, con ánimo de robar. Así es que me mantuve al margen, aunque aquel mangante, pretendía utilizar mis “habilidades” para llevarme el bolso. Nada más lejos de mis intenciones. No tardaron mucho en poner en práctica su plan. Eligieron a una señora mayor, que se apoyaba en un bastón, que sostenía con una mano, y en la otra, portaba un bolso, cuya asa sujetaba con el antebrazo. Como era la primera vez, él llevaría a cabo la acción para que los demás le observaran y aprendieran. Y así fue, como haciéndose el encontradizo, al llegar a la altura de la abuela, le pegó un tirón y salió corriendo con el bolso en las manos. Antes de que yo fuera consciente, me encontré corriendo a toda velocidad en pos de aquel desalmado, al que alcancé en pocos metros, y al que derribé haciéndole trastabillar sus pies, lo que hizo que se diera de morros contra el suelo quedando momentáneamente conmocionado. Sin pérdida de tiempo, cogí el bolso del suelo, y se lo llevé a

la pobre mujer a la que unos transeúntes habían acompañado a un banco, y alguien le había facilitado una botella de agua, de la que estaba bebiendo. Cuando llegué con el bolso en la boca, entusiásticos aplausos acogieron mi llegada. Aquella pobre mujer, me abrazó con tanto cariño, que casi me deja sin respiración.

— ¿Quién es su dueño? —dijo dirigiéndose a todos. Nadie dijo nada. Luego al rato, alguien le explico que no debía de tener dueño, porque me habían visto desde hacía muchos días, suelto por el parque, sin que nadie me acompañara.

— Se ha debido escapar. Pobrecito. ¿Podría llevármelo? —preguntó nuevamente a la gente, como esperando una respuesta negativa—Me haría buena compañía y el tendría una mejor vida.

Nadie dijo nada. Al contrario, la animaron a que me adoptara. A mí, nadie me preguntó. Pero yo ya había decidido aceptar. Estaba cansado de tanta libertad que en el fondo, no me reportaba toda la felicidad que yo deseaba. Al final comprendí, que la libertad es un componente más, importante, eso sí, de la completa felicidad. Pero no es el único. Hacen falta más cosas que la libertad para ser feliz. Y como soy un poco filósofo, empecé a preguntarme sobre qué es eso de la libertad, porque intuía que hay muchas clases de libertad. Y al final, deduje, que era una cuestión se sentimiento intimo. Si uno se sentía libre, poco importaba que estuviera encerrado en una cárcel. ¡Ah! se me olvidaba. Al maleante, lo sujetaron unos cuantos paseantes, hasta que vino la policía para llevárselo. Al día siguiente, lo volvieron a ver por el parque merodeando. En cuanto a

mis “compis”, siguieron con sus bromas, pero desde aquel día no quisieron saber nada del “Juanjo”.

Capítulo VII

Tobías

Acompañe a mi nueva amiga hasta su casa. Como no tenía correa, me mantuve a su lado durante todo el camino. Íbamos despacio, pues no podía ir más aprisa. Apretaba su bolso contra su costado, mientras me iba hablando.

— Pobrecito. Seguro que tu dueño te ha puesto en la calle. Un “sinentrañas”, seguro. ¿Cómo hay gente tan mala en este mundo? Hoy por ejemplo, si no es por ti, se me llevan el bolso y no lo hubiera lamentado por el dinero que llevo, que no es mucho, sino porque llevo las fotos de mi Juan, que se me murió el mes pasado. Ya ves, perrito, los dos estamos solos en este mundo. Ahora, si tú quieres, nos podemos hacer compañía. ¿Sabes que yo tenía un perrito en casa en vida de mi Juan? Aun conservo sus cosas, que ahora serán tuyas. —decía sin parar.

Yo la escuchaba en silencio. Se le notaba el cariño con que me dirigía la palabra, y aquello me agradaba. Seguramente estaría muy bien con aquella dama. Poco a poco, llegamos a su casa. Vivía en una casa unifamiliar, junto con otras. Era una zona ajardinada, con calles por el interior que conectaba las casas. Cuando estábamos llegando a la puerta, esta se abrió, y apareció una señora con delantal blanco.

— ¡Hola! ¿Qué traemos aquí? ¿Un perro? No sé qué dirán sus hijos cuando lo sepan. —dijo

— Pues yo si sé lo que diré. Aparta y prepárale a mi amigo **Tobías**, un plato con carne, de esas latas que tenemos en la despensa y que eran del otro Tobías.

¿Así que me había puesto el nombre del anterior perro? Bueno, pues que voy a decir. El nombre no me vuelve loco, pero no deja de ser un nombre. Por su tono, comprendí que mi nueva “colega”, tenía su carácter, y que debía tener bastantes enfrentamientos con la criada que, deduzco yo, habían puesto sus hijos para que cuidara de ella.

— ¿Así que ya le ha puesto nombre? Mira que bien, como el otro. ¡Vaya por Dios! ¡Éramos pocos y parió la abuela! —dijo aquella desvergonzada.

— María, haz el favor de callarte y hacer lo que se te manda. Aquí tú no estás para pensar, estás para trabajar —le dijo, y luego dirigiéndose a mi— Tú no sabes **Tobías**, como está el servicio. Son todas unas respondonas. Y abusan porque saben que no hay mucha gente dispuesta a hacer este trabajo. ¡Ah! y no te creas que no cobran, que cobran lo suyo. Estos hijos míos se han empeñado en ponérmela todo el día en casa. Pero con este derroche, no sé hasta dónde podremos llegar.

Ustedes ya sé que están esperando a que les cuente lo de ir a buscar el cuarto de baño, y en efecto, así hice, ante el horror de la criada, la cual intentó sujetarme por el collar, a la vez que gritaba que le iba a poner perdida la casa. Por su parte, Adela, mi amiga, le ordenaba que me soltase. Un ladrido y enseñar los dientes, resolvió el problema. Aquella mujer me soltó al instante. Luego con más tranquilidad, localice la bañera, y me metí dentro. Las dos mujeres se quedaron de piedra, mirándose una a

otra, sin comprender lo que veían. La primera en reaccionar fue mi socia.

— ¿Te das cuenta alma cándida? ¿Ves lo que quería este animalito? ¡Un baño! ¿Dónde has visto semejante muestra de inteligencia en el cuerpo de un perro? Anda desastre, tráeme el jabón y una toalla limpia que lo voy a bañar.

Entre murmullos y movimientos desaprobatorios de cabeza, María fue en busca de lo que su dueña le había pedido. Mientras, yo metido en la bañera, y ansioso por poder bañarme, movía el rabo ante la cara satisfecha de Adela, la cual hablaba para sí.

— ¿Verdad que nos vamos a llevar muy bien, **Tobías**? ¡Mi perrito lindo!

Mientras esperaba la llegada del jabón y la toalla, comenzó a rociarme con el agua. ¡Ah, qué sensación tan agradable! Momentos como aquellos, me hacían inmensamente feliz. Finalmente, María trajo el jabón y las toallas, y marchó con orden de preparar mi cama y “sus cosas”, según le ordenó María. “Ya veremos lo que dicen sus hijos” amenazó, cuando salía.

— Tú no hagas caso a María. Es una gruñona por naturaleza. Todo le molesta. Nada está a su gusto. ¡Y se piensa que a mí me va a llevar como a un pelele! ¡Pues anda, que no está equivocada!

Finalmente, terminamos con el baño. Reconfortado anímicamente y físicamente, me dirigí tras de ella, hasta el salón de la casa, donde al lado de la chimenea, María había colocado un catafalco en el que había un colchón y una serie de objetos que, al parecer habían pertenecido al anterior perro, hasta que se murió o desapareció. Yo

estaba feliz. Aquella casa y aquella “socia” me habían caído muy bien.

Me desperté de repente, ante la sensación de estar siendo observado. Y así era, delante mío estaba Adela, sonriente y feliz, y a sus lados, dos personas, un hombre y una mujer, que me miraban con curiosidad. Indudablemente, estaban evaluando mi presencia en la casa. La mujer paso su mano por mi lomo, al que yo respondí arqueándolo y un movimiento alegre de la cola. Aquello pareció agradarle, pues esbozó una sonrisa. Ellos no lo sabían, pero estaban ante un consumado conocedor de los humanos, y sabía perfectamente que hacer en cada momento.

— ¡Que curioso –dijo– tiene el pelo rosa y es natural!
–dijo con cierta admiración y complacencia

— Pero ¿no será peligroso? –dijo el hombre

— ¡No, que va! Es muy cariñoso y es extremadamente listo. Ya os he contado cómo reaccionó cuando el gamberro ese me arrancó el bolso del brazo. Salió disparado como una bala, derribo al maleante, y me trajo el bolso. –dijo admirada Adela, a la vez que me acariciaba la cabeza.

— Pero tiene collar. Eso significa que tiene dueño. Me lo llevaré y haré unas gestiones. Si nadie lo reclama, pues lo adoptas tu mamá. ¿Te parece bien? Pero si tiene dueño, habrá que devolvérselo.

— Claro –dijo Adela –pero dudo mucho que esté reclamado. Lleva muchos días suelto y seguramente sus dueños lo habrán dado por perdido.

Los hijos de Adela se miraron, haciendo un gesto de extrañeza, pero no dijeron nada. Me quitaron el collar y

se lo llevaron. A su madre le aconsejaron que no saliera a la calle sin el collar, hasta que todo estuviera aclarado. Adela asintió sin decir nada, pero volviéndose a mí, me hizo un guiño con el ojo. ¡Aquella mujer era adorable! Salieron todos del salón, y fuera pude oír a María dirigiéndose a los hijos de Adela.

— ¿Así es que el perro se queda? —preguntó

— Sí. Por el momento. Haremos unas comprobaciones y luego ya veremos. Parece que nuestra madre está encaprichada con él. Y eso es importante a su edad.

Finalmente, y como quiera que nadie me había reclamado, me quede a vivir definitivamente con Adela. Esta era ya un poco mayor, pues contaba 73 años de vida. Su salud era muy aceptable para su edad, pues era capaz de asearse, pasear y hacer pequeñas cosas de casa sin necesidad de ayuda. Los primeros dos años de convivencia, fueron muy agradables. A María le sabía a cuerno quemado las atenciones que su dueña tenía conmigo, y me dirigía miradas cargadas de odio. Y yo le correspondía con la misma moneda. Le desordenaba la ropa, o tiraba sin querer queriendo un vaso o un objeto, lo que a veces, le acarreaba alguna bronca que otra por parte de Adela. Yo entonces la miraba fijamente, con una expresión burlona en mi cara, que ella era incapaz de entender. Sin embargo, yo creo que en algún momento llegó a intuir que mi actividad no era precisamente casual, y que algo de intención sí que había y que yo debía de estar en algunos de los accidentes producidos.

Sin embargo, yo empecé a observar algunos detalles en Adela que me preocuparon. Empezó por olvidar palabras. A veces se encasquillaba en una frase, porque

no lograba encontrar la palabra adecuada. Yo observaba que cuando esto ocurría en presencia de sus hijos, estos se miraban sin decir palabra. La llevaron varias veces al médico, llegando a preocuparme seriamente. Así es que decidí enterarme de lo que pasaba. Un día que volvieron de una visita al médico, después de dejar a Adela, sentada en el sofá, mientras se tomaba un flan, que le encantaban, ellos hicieron un aparte en la cocina, y yo me fui detrás de ellos. Al parecer, a Adela le habían detectado los primeros síntomas de una enfermedad denominada Alzheimer, una terrible enfermedad que va desmontando a las personas como si fueran un puzle, hasta dejarlas en nada. Primero les quita algunas palabras, les dificulta el habla, les impide los movimientos y la sincronización, y lo más terrible, les va quitando los recuerdos, que es como si te fueron quitando la vida, porque la vida es eso, una acumulación de recuerdos, buenos y malos, pero todos forman parte de tu bagaje como ser humano. Esta enfermedad te los va quitando, hasta dejarte como el día en que naciste, o sea sin ningún recuerdo, sin ninguna vida vivida.

Poco a poco, la alegre y vivaracha Adela, se fue introduciendo en un mundo oscuro, sin sonidos, plano, sin aristas, sin perspectiva. Sus hijos tomaron la decisión de venir a vivir en nuestra casa una semana cada uno, por turnos. Lo preferían, a tener que trasladar a Adela de casa cada cierto tiempo. Además, ella se sentiría mucho mejor en su propia casa. Yo me acercaba a su lado, y tocaba con mi cabeza su pierna, y sentía como a los pocos momentos, su mano me buscaba. Al igual que con Pedro, creo que habíamos establecido una comunicación

interior. Poco a poco, dejó de hablar, o a hacerlo en contadas ocasiones, limitándose a mirar fijamente a las cosas y a las personas que tenía en su entorno, pero lo hacía desde una profundidad y ansiedad tal, que dolía a quien recibía la mirada, quien al instante presentía el miedo encerrado en ella, ante su incapacidad de comunicar sentimiento alguno. Los que estaban a su lado, sufrían por esta incertidumbre, ¿realmente quiere decirme algo, o por el contrario, son figuraciones mías?, se preguntaban. Y yo sabía que sus ojos decían lo que su boca no podía manifestar. Cuando me miraba fijamente, comprendía que ella también observaba lo que ocurría a su alrededor, y sufría por ello. Desde ese profundo agujero negro en el que se hallaba sumida, ella se daba cuenta del sufrimiento de los demás, pero se veía incapaz de hacerles saber su agradecimiento y su padecimiento, y por ello, su sufrimiento era terrible. A veces, durante horas, permanecíamos juntos, uno al lado del otro, en contacto piel con piel, apoyando mi cabeza sobre su halda, mientras ella pasaba su mano en inacabable vaivén, ambos con la mirada perdida, pero transmitiéndonos nuestras cuitas. En aquellos momentos de remanso, ella recordaba su infancia, y sus imágenes se representaban en mi cabeza, nítidas y bulliciosas. Era como si la enfermedad no hubiera podido penetrar en el último recoveco de la intimidad, y algunos retazos de las vivencias vividas, residieran en él, a salvo de tan devastadora enfermedad. Lo más íntimo, lo más querido, seguro que se guardaban en este lugar. Solo que la comunicación con el exterior, se hacía cada día más imposible. A veces me daba cuenta, como su familia nos observaba sin decir nada, y alguna lágrima se escapaba

de sus ojos. Allí, los dos juntos, mirando inmóviles por la ventana. Hasta María, me trataba ya con otro afecto, y yo, en justa correspondencia, dejé de hacerle trastadas.

La vida se complicó para los que estaban alrededor de Adela. Llegó un momento en que hubo que habilitarle una silla de ruedas, pues era incapaz de andar. Lo mismo ocurría con la comida. Había que troceársela en pequeños trocitos, y los caldos y líquidos, administrárselos con una cucharilla. Ser testigo de semejante decadencia, produce un dolor que deja huella. Es como enfrentarse, de forma brutal, a tu propia invalidez, solo que esta, se produce en el cuerpo de otro. El Alzheimer ataca a las personas, y a los que les rodean, pues estos, ya nunca pueden superar los destrozos que la enfermedad del ser querido, les produce a ellos mismos. Este rictus de dolor indefinido, lo veía a diario en sus hijos. Y muchas veces se preguntaban, cuando hablaban entre ellos, si Adela se daría cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Y yo no podía explicarles que sí, que sobretodo se daba cuenta, y le dolía, el sufrimiento de sus hijos. Lo sabía, porque cuando pasaba las horas con ella, en sus imágenes, siempre predominaban sus hijos de pequeños, jugueteando por el jardín. Sus hijos, en edad infantil. Es decir, rememoraba los tiempos de la felicidad, tanto los suyos como los de su familia. Era el bálsamo que necesitaba para tanto sufrimiento.

Adela, recibía constantes visitas, no solo de sus hijos y nietos, sino de otros familiares y amigos, bien de sus hijos o de ella misma. Todos hacían la misma pregunta. ¿Pero reconoce a las personas? Y la respuesta invariable era que no, salvo en contadas ocasiones. Y esto no era del todo cierto. Lo que ocurría es que Adela, reconocía a las

personas, utilizando el recóndito lugar de su memoria, a salvo de la enfermedad, y únicamente si la persona pertenecía a su círculo íntimo. Es decir, sí sabía quién era esa persona, pero era incapaz de ponerle nombre o parentesco. Enfermedad cruel, que con paulatino e incansable avance, termina con las esperanzas de quien la padece y con las de los que conviven con el enfermo. Ni que decir tiene que yo me mantuve a su lado durante todo el tiempo que duró esa maldad. Tres años duró semejante tormento. Falleció en un hospital al que la trasladaron cuando la salud de Adela llegó a su límite, y ya necesitaba los servicios de un hospital. Yo me quedé en casa, acompañado de María, que ahora sí, me trataba a cuerpo de rey, y me hablaba con cariño y admiración. Cuando falleció, su familia comenzó a planificar mi futuro. Al principio, debido a la tristeza que me embargaba, no presté mucha atención al tema, pero pasados unos días, comencé a pensar en mi futuro, sin saber que mi familia de adopción ya lo había decidido. Como ellos no podían llevarme a sus casas, y por agradecimiento, me regalaron a unos conocidos suyos, que vivían en un chalet en una urbanización privada a las afueras de la ciudad. Y así, entre abrazos, caricias y alguna que otra lágrima, me entregaron a otra familia. Yo por mi parte, no estaba en absoluto de acuerdo, pero como soy un ser razonable y pragmático, me concedí un tiempo de reflexión, para ver las perspectivas que se me iban a presentar en el nuevo domicilio. Lo que los humanos conocen, como dar tiempo al tiempo.

Capítulo VIII

Becki

Mi nueva casa, era una casa de ricos, para que voy a decir otra cosa. La urbanización estaba rodeada por arboledas, plazas, instalaciones deportivas de lo más variado, e incluso al final de una senda se encontraba un frondoso pinar de gran extensión, y donde se respiraba un estupendo olor a pino. La casa contaba con un inmenso jardín con piscina y pista de tenis. A un lado y al fondo, había una peculiar casa de madera, de vivos colores, y que pronto supe que era mi propio chalet, donde poder hacer una vida independiente del resto de la familia. Por dentro era confortable, y cabía perfectamente. Aquello empezaba a pintar muy bien. Tras los palos recibidos en los últimos años, sentía la necesidad de vivir por vivir, sin agobios ni preocupaciones. Tenía que admitir la verdad que encerraba esa frase que alguna vez había oído decir a los humanos: solo se vive una vez en la vida. Y había que aprovecharla.

¿Y qué puedo decir de mi nueva familia? Los padres jóvenes, de cuarenta y pocos, y inueve cachorros! ¡Casi nada! Cuando me vi a toda aquella tropa delante de mí, al salir a recibirme, no pude reprimir un gesto de retroceso. Y los había de todas las edades: desde los dos años hasta los catorce. ¡Ah! y me dejaba otro que estaba en la cuna. Aquella familia era prolífica a más no poder. Pero pasado el susto, comprendí que estaba en el mejor

lugar que había estado nunca. Únicamente, que los años que iba acumulando, ya me iban quitando las ganas de muchas cosas. Pero el ambiente en aquella casa era de bullicio y alegría permanente. Y otra cosa sorprendente. Funcionaban como en un cuartel. Había horarios y tareas para todos, y cosa rara, todos las aceptaban con agrado. Con mi presencia, nuevas tareas fueron añadidas a la tropa: baño, alimentación y paseos fueron repartidos entre los mayores. Al parecer mi presencia en aquella casa, se consideraba importante, merecedora del más exquisito de los cuidados. Como ya se pueden imaginar, capté rápidamente aquella estricta organización, y me dispuse a colaborar entusiásticamente. Lo primero que hicieron fue reunirse en el salón, una habitación grande, con grandes cristaleras al jardín, y con las zonas perfectamente delimitadas, por medio del mobiliario, sin paredes. Estaba la zona de ver la televisión, la de juegos de mesa, la de lectura, y otra, según su propia definición, la de tertulias. Ya digo, que esta era una familia muy organizada, y todo tenía su lugar y momento adecuado. Como digo, se reunieron con un formalismo, propio de un senado. Y la ocasión no era banal ni mucho menos: me iban a imponer un nombre. La ceremonia del nombre. Me empezaba a gustar esta costumbre humana, de “humanizar” a sus mascotas poniéndoles nombres, lo que las acerca más a su círculo íntimo. Tras las consabidas propuestas y contrapuestas, finalmente, por votación fueron eliminando opciones, hasta que finalmente, quedo la que había propuesto, Carlos, el mayor. Finalmente el nombre que me fue asignado fue el de **Becki**. ¿Que qué significa? Ni idea.

Mi famosa hora del baño fue, si cabe, más placentera que nunca. Cuando vieron el grado de colaboración que yo aportaba a esta tarea, se la adjudicaron a los más pequeños. Así es que todos los días, mis tres “guardianes”, Andrea, Luis y Carmen, y yo mismo, nos dirigíamos a la bañera, donde con gran regocijo de todos, me aseaban perfectamente con la ducha y el jabón. Sin embargo, tenía que tener cuidado con los niños, quienes en su entusiasmo, lo mismo me podían sacar un ojo, que hacerme tragar un frasco de sales. Un día, recuerdo que al ir al baño, solo me acompañaban dos de ellos, Andrea y Luis. Cuando llegamos al cuarto de baño, Carmen estaba ya dentro. Había llenado la bañera hasta casi los bordes, y debía de haber vaciado el frasco de jabón en ella, porque la espuma sobresalía generosamente de la bañera. Cuando vi aquello, intuí problemas. No obstante, yo que de natural soy curioso, no quise dejar de escapar la ocasión de sumergirme en aquella nube blanca. Así es que como todos los días, di un salto y me introduje en la bañera. La consecuencia de esto fue que el agua, que llegaba hasta el borde, se derramo por el suelo del cuarto de baño, y yo desaparecí a la vista de los niños en aquella mole de espuma. Luego como si de una fiesta se tratase, se aproximaron y fueron buscándome dentro del torbellino blanco, entre risotadas y aplausos, se formó un considerable estrapalucio, lo que hizo que, Lourdes, la criada se asomara y profiriera un grito de sorpresa al ver semejante escena.

— ¿Señora, señora! –gritó

Al poco, apareció Elena, que así se llamaba la madre de los niños. Venía corriendo y con el susto en la cara.

Cuando llegó y vio el espectáculo, le pidió a Lourdes que trajera rápidamente la fregona.

— ¡Niños, niños! —decía a la vez que trataba de levantarlos para ponerlos lejos de la bañera, donde seguía rebosando agua.

— ¡Pero que habéis hecho? ¿A quién se la ha ocurrido la idea de llenar la bañera? —preguntó. Y los tres unánimemente, extendieron sus brazos señalándome a mí.

¿Qué? Me quede perplejo, no por la pillería, comprensible en un niño pequeño, sino por la perfecta sincronización de su respuesta. ¡Ni que la tuvieran preparada de antemano! Su madre esbozó una sonrisa, que borró inmediatamente de la cara.

— ¿Así que **Becki** ha llenado la bañera? ¿Y cómo lo habrá hecho? ¡Ah, claro!, lo ha hecho con sus patitas girando el mando del grifo y le ha dado vueltas y más vueltas, y luego, una vez llena la bañera, ha cerrado el grifo con las mismas patitas, ¿no?—

Las caritas de los tres manifestaban a las claras su sorpresa al caer en ese “pequeño” detalle de las patitas. Observe, como de refilón, me miraban las patas, a la vez que se miraban entre ellos, comprendiendo el error. *¿Cómo no se nos ha ocurrido?* debieron de pensar. Con la cabeza inclinada hacia el suelo, aguardaban sentados el castigo que les iban a imponer. Su madre, mal contenía la risa, pero la lección consistía en eso, en no pasar por alto las faltas, sin al menos hacerles reflexionar. Tras desaguar la bañera, gastar abundante agua en eliminar de mi cuerpo la espuma, secar y poner operativo el cuarto de baño, su madre los reunió a los

tres en la cocina. Yo, manifestando mi solidaridad con los chicos, me fui también tras ellos.

— ¿De verdad, de verdad, lo ha hecho **Becki**? ¿Le echáis la culpa al pobrecito? –les preguntaba— A mí me parece que no es posible, ¿no os parece? –hablaba calmadamente, mirándolos con seriedad pero sin enojo. Los tres se miraron, sin decir nada.

— Carmen, ¿tú no tienes nada que decir? –le pregunto directamente. Carmen levantó la cara, y unas lágrimas comenzaron a correr por sus ojos.

— ¡Yo no quería que pasara eso! –dijo

— Bueno, eso ya está mejor. Ha sido peor vuestra falta de sinceridad, al culpar al pobre **Becki**, de lo que ha ocurrido. Seguro que ahora te encuentras mejor, después de haber aclarado todo. Bueno. Incidente pasado. Sin embargo, hoy no veréis televisión, y como compensación a **Becki**, entre los tres vais a dibujarlo en una cartulina.

¡Vaya hombre! ¿A mí me castigan también sin ver la tele?, con lo que distrae, porque digo yo, que el dibujo no será de memoria. Habrá que posar. No me hagan caso. Es broma. La televisión hay días que no se puede aguantar. Solían poner un canal que siempre estaban echando películas de Historia Sagrada. No es que estén mal, es que las repiten hasta la saciedad. Y claro, al final eso aburre. Sin embargo, los niños no dicen nada, y las ven una y otra vez, avanzando los sucesos antes de que salgan. Así es que aquella tarde, mientras yo adoptaba, diversas poses, los niños trazaban sus toscos dibujos sobre una cartulina blanca, bajo la atenta mirada de su madre.

— ¡Levanta la pata izquierda, **Becki**!— solicitaba Carmen y luego

— ¡Ahora la derecha!

— ¡Mueve el rabo!— pedía Andrea.

Y yo levantando la pata, moviendo el rabo, echándome largo y mil posturas más. Me di cuenta de la cara que ponía Elena. Obedecía al instante, y lo hacía moviendo la parte de mi cuerpo que me pedían correctamente. Aquello le llamó la atención de sobremanera. Se acercó a mí, y acariciándome suavemente, mirándome directamente a los ojos, musitó para sí, ¿de dónde vienes **Becki**?, lo cual supuso todo un misterio para mí. Continuó la sesión de dibujo por espacio de dos horas, pasadas las cuales, se dio por terminada. Los dibujos, acordes con las edades de unos niños muy pequeños, y el menor de todos, Luis, había realizado unos garabatos de múltiples colores, que me recordaron a mi antiguo socio pintor. Luego, salimos al jardín a jugar y saltar.

En aquella familia, una cosa sí que me había llamado la atención, y mucho, toda una novedad para mí, que ya llevo lo mío por el mundo. Y era, que se rezaba a todas horas y se daba las gracias a Dios cada dos por tres. Se rezaba al levantarse, al comer, al cenar y al acostarse. Y los domingos y fiestas de guardar, todos a misa. A mí me dejaban en casa, porque creo que no permitían entrar mascotas en la iglesia, que si no, también. Ahora, de lo que no me libraba era cuando llegaba un día que llaman de San Roque y otro, de San Antonio Abad. Aquel, porque dicen que es el patrón de los perros, y el segundo, el de los animales, entre los que también se incluyen los perros. En realidad, esos días, la cosa consistía en ir a la capilla cercana, dentro de la urbanización, donde un cura nos rociaba con agua, que dicen bendita, y luego en casa,

me preparaban un menú especial. No estaba mal. Curiosos estos humanos que tienen santos patronos para todo. ¡Hasta para los perros! Lo cual, bien mirado, aparte creencias, también es de agradecer.

Carlos y Elena, eran los padres de Carlos, Elena, José, Enrique, Pilar, Carmen, Andrea, Luis de 14, 12, 10, 8, 7, 5, 3, 2 años respectivamente y Vanesa, quien tenía apenas seis meses. Carlos, padre, era abogado y economista, miembro importante de un partido político, de los considerados de derechas. No paraba mucho por casa, siempre de viaje, liado con reuniones o preparando documentos jurídicos para el partido. Por su parte Elena, licenciada en arte, era una mujer encantadora de profundas creencias religiosas. Con gran sensibilidad, era una mujer perfecta para el trabajo de su marido. Dedicada a las labores de administrar a tanto hijo ayudada por Lourdes, tenía tiempo incluso, para acompañar a su marido en ciertos actos en los que la esposa debía ser mostrada ante el público. Con sonrisa perpetua, amabilidad extrema y con una profunda aversión no manifestada, hacia todo aquel boato, cautivaba por su sencillez, espontaneidad, y porque jamás decía algo que no quería decir. Una sonrisa, un gesto con los ojos, y pregunta contestada. Lo que digo, ideal para acompañar a su marido en reuniones de sociedad. En casa era tranquila, y junto con Lourdes, manejaban la casa perfectamente, siempre en orden de revista. Por las mañana, un bonito reloj de péndulo, situado en el salón, marcaba la hora de inicio para todos ellos. Todo estaba perfectamente organizado. Primero los padres, seguidos de los hijos mayores, ocupaban los tres cuartos de baño de la casa, y una vez aseados, los niños

ayudaban al resto de hermanos a hacer lo propio. A las ocho, todos en la mesa, para desayunar. A las 8,45 montaban en el coche familiar donde cabían justo los ocho niños más el conductor, y al colegio, puntuales como relojes. A las 9 de la mañana, los hermanos Aguilar— Montalvo, estaban cada uno en su clase. Claro está que, todo esto solo era posible, con una organización casi militar, y que todos respetaban. Yo alucinaba desde mi cómoda ubicación, viendo pasar personas a izquierda y derecha. Parecía una avenida de cualquier ciudad en la hora del paseo. Iban en silencio, con paso decidido, sin estorbarse. ¡Dios, que precisión! ¡Verlo emocionaba, de veras! Cuando ya todos estaban en sus respectivos lugares, y regresaba Elena, Lourdes ya le tenía preparada una taza de café, y el periódico que el repartidor ya había traído a casa. Tras informarse someramente, ayudaba a reparar las camas de los mayores, que ya estaban hechas! y a hacer las de los pequeños, algunos de los cuales ya intentaban, siguiendo el ejemplo de los mayores, hacer las suyas. Una vez terminadas las camas, se vestía, y mientras Lourdes se dedicaba a realizar el resto de tareas, Elena se encaminaba al supermercado a realizar la compra para luego dedicarse a su pasión: escribir. Novela histórica, fundamentalmente. Así, hasta la hora de la vuelta del colegio de los niños, cosa que ocurría, sobre las cinco de la tarde, momento en el que iba a buscarlos. Como habréis deducido, los chicos comían en el colegio. Mi vida, cuando no estaban presentes los niños, era bastante aburrida y aburguesada. Sin nada que hacer, paseaba del jardín a la casa y viceversa. Como digo, yo tenía asignados dos sitios en toda la finca. En el jardín, mi sitio era el enorme caserón,

de vivos colores, donde me echaba mis buenas siestas, en las soleadas y sofocantes tardes de los veranos. En el interior del chalé, una enorme y mullida esterilla en el salón principal, junto a un radiador, y frente por frente de la televisión. Vamos, un lugar preferencial a todas luces. Como corresponde a una mascota de tronío, como es mi caso. En aquella casa, apenas ocurría nada que no estuviera programado de antemano, así es que yo me dedicaba a mi afición favorita, que es, como ustedes ya habrán deducido, observar a los humanos, y aprender de ellos todo lo que es posible aprender, sin echarse a perder uno. Como ya he dicho, Carlos se dedicaba a la política, y de vez en cuando, se reunían en su casa varios compañeros de partido, y comentaban los asuntos que les preocupaban, dentro de una distendida conversación y rodeados de dulces, bebidas y otros manjares que a mí me chiflan, como los “kikos” de maíz con sabor a jamón. Siento una predilección enfermiza por esta delicia. A lo mejor tendría que decir adición, pero esa palabra va mejor, aplicada al hombre. Y todo porque una vez, en una de las muchas casas en las que ya he vivido, mi colega se equivocó de sobre, y en vez de ponerme en el comedero, las intragables píldoras de no sé qué potingues, especiales para perro, me pusieron medio kilo de “kikos”. Al principio, casi escupo, por la sorpresa, pero solo fue casi, porque al instante me zambullí en aquel maravilloso montoncito que había en mi comedor, tragando a destajo, porque me di cuenta al instante del error, y de seguro que en cuanto cayeran en el detalle, a buen seguro que vendrían a quitármelos, como así fue. Solo que llegaron tarde. Estuve dos días con el sabor a jamón en mi boca, que no bebía agua porque no me

despareciera. ¡Uhm que delicia! Así es que yo me aposentaba tranquilamente en mi lugar mientras ellos “arreglaban” el país, de acuerdo con sus ideas y postulados. Lo que yo llegué a aprender en aquellas reuniones. Claro al principio, yo me volvía loco con sus frases e hipérboles. Mencionaban constantemente a la izquierda, a la que acusaban de tener los brazos más largos que el traje, que se les quedaba corto, porque siempre asomaban por ellas. Y yo me preguntaba, “Qué pasa, ¿que los de izquierdas van todos al mismo sastre, y este les hace corto el traje?”. Hasta que pude colegir del resto de sus conversaciones que a lo que se referían, era que los de izquierdas hacían corto con cualquier presupuesto, y que eran capaces de gastarse lo de cuatro años en uno. Claro que se les notaba la falta de ecuanimidad a la hora de juzgar ciertas situaciones. ¡Lo que yo llegue a oír de aquellas reuniones! Ciertamente yo era conocedor de que los humanos, siempre juzgan desde el lado en el que se encuentran. Pocos he visto yo, que hayan cambiado de orilla, para ver el problema desde ambos lado, y vistas las dos ópticas, opinar. Como mucho, si por alguna razón, pasaba de orilla, se quedaba en ella, y ¡oh maravilla!, cambiaba el discurso como la cosa más natural del mundo. “Donde dije digo dije Diego”, frasecita que me costó lo mío entender, pero que le viene que ni pintado a la situación. Los políticos, y Carlos no era la excepción, están en política por *ego* propio, no diré por beneficio propio, que también los hay, voy a ser bien pensado, y lo de del bien público es una excusa que todos utilizan, porque claro, uno no va a ir por el mundo declarando que “está en política para lucimiento propio” que es justamente lo que todos los

que no nos dedicamos a ella, pensamos. Y no nos equivocamos nunca. Aquel que tiene los principios muy arraigados, y que no tiene la flexibilidad de un contorsionista circense, para manipular, desdibujar y cambiar algunos o todos de esos principios, no vale para la política, el arte de la adaptación interesada, consistente en apuntar a un sitio, con la vista puesta en otro. Sin embargo, aquellas reuniones que se producían en casa de Carlos, no tenían nada que ver con las que se llevaban a cabo todas las mañanas, en una carnicería de la calle del Beso, en la que bien pronto, sobre las ocho de la mañana, se juntaban en la carnicería, cinco o seis clientes de cierta edad, y hablaban de todo, de fútbol, de las “parientas”, y sobre todo de política, a las que asistía, cuando deambulaba libre por el mundo. No me perdía una. Yo me sentaba allí mismo, a sus pies, y Julián, el carnicero, siempre me tiraba un trozo de algo que llevarme a la boca. Así es que mientras ellos, intercambiaban opiniones, yo almorzaba y atendía. ¡Aquello era tocar la realidad con las manos! Cuando hablaban de sueldos o pensiones, hablaban los que las sufrían. Cuando se referían a la Seguridad Social, lo hacían con un absoluto conocimiento. Ellos no sabían del PIB, AFI, FMI o de mil acrónimos que se manejaban en casa de Carlos; ellos solo los sufrían, independientemente del guarismo. Si no había, no había, dijera lo que dijera el IPC, el PIB o la Bolsa. Allí se discutía sobre la realidad de la vida, bien lejos de los centros de poder. ¿Y las soluciones que proponían cada uno? Algunas disparadas, pero que quieren, ya se encargan los políticos de crear situaciones cuya solución pasa por que se produzca un milagro. Pero aquellos

abuelos, tenían soluciones para todo. No hubiera estado de más que alguno de estos políticos que salen por la tele, los hubieran escuchado, escondidos detrás de un biombo. No habría servido de nada, porque todo el mundo sabe, menos aquellos abueletes, que la Economía Mundial, va por un lado y los ciudadanos por otro. Y que por eso, cuando aquella va mal, lo pagan estos.

Pero hay cosas que no cambian ni cambiarán, gobierne quien gobierne. Una. La unanimidad (esa cosa imposible para otros asuntos), para subirse sus sueldos y sus prebendas. Otra. Su inquina contra los trabajadores. Todo lo arreglan a base de leyes cada vez más restrictivas en contra de ellos. Cuando no les congelan el sueldo, se lo rebajan. Los derechos que se han ganado a base de ceder en otras cosas, los eliminan, por supuesto sin recuperar el derecho cedido. Y todo, según los políticos, para bien de los propios trabajadores! Todas esas medidas restrictivas, son para fomentar el empleo! Si un trabajador gana un millón al mes, la economía se hunde porque los salarios son altos. Si trabaja gratis, también se hunde porque los trabajadores, que son más, no gastan y por tanto las empresas no venden. Se trata de encontrar el listón del equilibrio, pero flexible. Sea como sea, los trabajadores terminarán pagando, tarde o temprano, las incompetencias y delirios de grandeza, de los políticos. Y lo verdaderamente curioso, es que son los propios humanos los que los ponen al frente del negociado con sus votos. Cosa de locos, me parece a mí. De todas maneras, me parece a mí, que a los humanos, están dominados por su pertenencia a una determinada tribu. Cuando un ciudadano juzga a otro que pertenece a su tribu, por una determinada cuestión, no ve las mismas

faltas que cuando juzga por la misma razón a otro de otra tribu. Si no se tiene capacidad para desligarse de los orígenes, y pensar por sí mismos, atendiendo y estudiando las cosas sin pasión, difícilmente se podrá acertar en la solución. Y esto les ocurría a Carlos y compañía. Nunca vi ecuanimidad en sus opiniones. El efecto tribu, obnubilaba sus procesos deductivos. Su tribu, en este caso, era su partido.

Pues como digo, mi vida en aquella casa era regalada. Contaba con todas las comodidades del mundo, pero no terminaba de llenarme. Sentía que algo me faltaba. Necesitaba salir de una situación en la que mi cerebro daba un encefalograma plano. Que aquella atmósfera no era real, sino ficticia, o era un sueño, del que me despertaría, cuando menos lo esperase. Cuando había pasado ya algún tiempo, creo que dos años, comencé, de repente, a sopesar seriamente el cambiar de aires. Añoraba la libertad de cuando andaba por parques y calles, con sol, con agua, con viento y con frío. Y más de un día y más de dos, sin comer. Pasando penurias muchos días. Por eso, ¿A cuento de qué, tenía yo nostalgia de esos tiempos? Yo no le encuentro explicación. No sé, tal vez sea que mis recuerdos de libertad y felicidad, son superiores en número a mis otros recuerdos menos positivos y alegres. Y que todo sea debido a esa facultad mía de entender a los humanos, que me haya hecho sensible al recuerdo y a las ansias de libertad, tal y como les pasa a ellos, que también son capaces de realizar las acciones más absurdas y fuera de toda lógica, simplemente porque no se encontraban a gusto con la situación anterior.

Normalmente, todos los días, me sacaban a pasear, y me llevaban a una zona donde se podía soltar a las mascotas, un recinto cerrado, donde los perros andaban a sus anchas por toda la zona verde, y los arenales donde los niños pequeños jugaban con la arena. Todos libres, pero como en la cárcel, atentamente vigilados, sobre todos los niños, a los que sus madres no les quitaban el ojo de encima. Un día que me acerque mucho a un niño, porque me pareció que estaba en problemas, unos gritos me advirtieron de que mis movimientos habían sido vigilados. El caso es que el pequeño se había quedado enredado en uno de esos entramados de hierros con toboganes, con uno de sus cordones que, ¡como no!, llevaba sueltos. Mi intención era la de ayudarlo a liberar el cordón, pero enseguida su madre vino corriendo a apartarme de su cachorro. También venía detrás corriendo Lourdes, quien calmó a la señora indicándole que no había peligro alguno, antes bien al contrario, yo estaba tratando de ayudar al pequeño, pues aún tenía el cordón entre mis dientes. Aquella mujer le dedicó a Lourdes, una escéptica mirada, como dudando de su salud mental, y esta le señaló el cordón atascado en una junta, ante los esfuerzos del niño por liberarse de la atadura. La mujer, liberó a su hijo del impedimento, y mirándonos a Lourdes y a mí, se alejó sin decir palabra.

— ¡Será orgullosa y estúpida! —dijo para sí Lourdes — Mas te valdría atarle bien los cordones. —sentenció. Luego se volvió hacia el banco desde el que vigilaba a su tropa. Me miró, moviendo la cabeza, pero no dijo nada. Es el momento, pensé. Sin correa y libre de ir a donde me diera la gana, me fui acercando hacia la pequeña valla de circunvalación de aquella zona, apta para mascotas

libres. Luego, volví la cabeza y miré hacia donde estaba Lourdes quien había retomado el hilo de la animada conversación que tenía con la otra niñera, vecina ocasional de banco. A buen seguro que estaría poniendo verde a la mujer del niño atascado. Luego miré a los niños. Estos seguían jugando en la arena, enfrascados en sus juegos. Era el momento. Me lo pensé otra vez, al tiempo que encaraba la valla, y con un salto limpio la superé, encontrándome fuera y libre.

Capítulo IX

Tony

Recorrí un largo trecho, entre transeúntes que iban y venían, con paso decidido y como siempre, ajenos a lo que ocurría a su alrededor. Crucé calles y avenidas, siguiendo los pasos de cebras y respetando los semáforos. Ya sé que esto es lo que hay que hacer, pero tengan en cuenta mi condición. Sin embargo, las reglas están para algo. Anduve y anduve sin desmayo, hasta que me encontré junto a una carnicería, de la que se emanaba un tufillo delicioso. Como estaba un poco cansado me detuve un momento, junto a su puerta. Al poco, una señora anciana, salía de ella, llevando una bolsa en cada mano, con los productos comprados. Iban repletos de paquetitos, hasta el punto que en un momento dado, uno de ellos se resbaló de la bolsa, cayendo al suelo, junto a mi morro. Ya se pueden imaginar las ideas que ocuparon mi cerebro, pero, ¿Qué creerán ustedes que hice? Pues si me conocen bien por lo que llevo contado, lo habrán adivinado. Lance un potente ladrido de aviso. Aquella señora, se detuvo al instante, volviéndose para conocer el origen del ladrido, que le había sonado muy cerca y a su espalda. Cuando me vio, allí sentado, moviendo el rabo, y sin intención de apoderarme del paquete de salchichas (por el aroma y porque se veía la cuerdecilla), la mujer comprendió en el acto que mi ladrido, había sido un aviso.

— ¿Ha visto a este perro?— le dijo a una clienta que se había asomado a la puerta de la carnicería al oír el poderoso ladrido— Se me ha caído un paquete de la bolsa, y en vez de salir corriendo con él en la boca, me ha lanzado un ladrido de aviso.— dijo toda alegre.

Luego se acercó, recogió su paquete, y lo introdujo en la bolsa, emprendiendo su camino. A los pocos metros, se detuvo y se volvió hacia mí.

— ¿Quieres venir conmigo perrito? Te mereces una salchicha y un trozo de carne. Ven conmigo y te daré algo de comer— decía a la vez que me hacía gestos con la mano.

Ni me lo pensé dos veces, me levanté y me fui tras ella. La cosa pintaba bien, aquel día iba a comer. Además me sentía a gusto con mi acción. Y es que a las personas mayores les tengo un apego especial. Han pasado lo duro de la vida, y en el tramo final, vuelcan su cariño hacia cualquier cosa, persona o animal que les proporciona un poco de satisfacción. Al menos, mi experiencia, eso me indicaba.

Cuando llegamos a su casa, una vieja vivienda de una sola planta con jardín, enmarcada en una zona que se conocía como Ciudad Jardín, pasamos directamente a la cocina. Allí me colocó un plato con una salchicha y un trozo de carne, ya cocinado, pero que con el hambre que yo traía, me pareció manjar de dioses. Mientras yo comía, ella me miraba sentada en una silla. Luego aún me puso otro trozo de carne y otra salchicha, que naturalmente, también desaparecieron. Con el hambre ya calmada, comencé a recorrer con mi vista aquella cocina. Entre pequeña y poco limpia, me causó una pobre impresión. Luego, se levanto y me hizo señas para

que la siguiera. La casa era muy pequeña. Un comedor, dos habitaciones, un baño y cocina. Todo oscuro y triste y si me apuran, impregnado de un olor entre cerrado y a rancio, que se correspondía perfectamente con las sensaciones de tristeza que se sentían en aquella casa. En el jardín, bastante cuidado para lo que cabría esperar, había multitud de macetas y estaba rodeado por un seto, que presentaba síntomas de poco cuidado y riego, por lo que en ciertas partes comenzaba a secarse. A un lado del mismo, dos higueras, floridas y hermosas. Una daba higos blancos y la otra, negros. Higos y brevas, según decía. Ella me hablaba sin parar. Parecía que llevaba mucho tiempo sin explanarse, porque me contó vida y milagros, propias y ajenas, con lo que yo me arme un taco al poco rato de oírla. Si la cocina, era pequeña y destartalada, no les digo nada del cuarto de baño. Vamos una calamidad. Azulejos sucios con churretones. Los sanitarios, sucios por fuera. Excuso decir como estarían por dentro. Y bañera había. Pero no ponía yo allí las patas ni a empujones. Los dormitorios estaban mejor. Las camas hechas y todo en orden. Igual de vetusto que el resto de la casa, pero había orden y limpieza. Y poca o ninguna luz. Las persianas bajadas a tope. Los mayores tienden a aislarse hasta de la luz. El salón, también estaba recogido. En él dominaba un sofá y un único sillón situado frente a la tele, en uno de los lados, contrario al lado donde daba la ventana, también cerrada. Una cómoda, una mesa y seis sillas ocupaban el resto del mismo. En las paredes fotos, muchas fotos. En una, por lo visto bastante reciente, aparecía la dueña de la casa junto a otra persona, que yo intuí sería su marido. Y en otra, el matrimonio con cuatro niños. Por lo visto, en

aquella casa, hubo tiempos en los que las ventanas estaban abiertas, las persianas subidas y el silencio enmudecido.

— ¿Qué te parece mi casa?— me preguntó

Como respuesta un ladrido. ¿Qué iba a hacer?

— Me alegro que te guste. ¿Te gustaría vivir aquí?— dijo, a la vez que me ofrecía una galleta de chocolate, de esas que a mí me volvían loco.

Con toda delicadeza la tome de su mano y en un santiamén en el estómago. Yo creo que ni rozó las paredes ni los dientes de la boca. ¡Oh, es que me chiflan! O sea que a la señora también le gustaban esas galletas. Bueno, pues empezaba bien la cosa. Pero me lo tenía que pensar un poco. Aquella casa me parecía muy lúgubre. Si pudiera hacerle entender que levantara al menos las persianas.... Luego, puso la tele, se sentó en el sillón, y me volvió a dar otra galleta. Entre pitos y flautas, nos ventilamos entre los dos todo un paquete de galletas. Comenzó por llamarme **Tony** sin preámbulo alguno. Luego me preparó en el salón un lugar donde poder dormir. Aquella noche fue un cartón, pero me aseguró que al día siguiente, iría a una tienda a comprarme un cesto.

A la mañana siguiente, un fuerte olor a café recién hecho invadió mis pituitarias, con lo que deduje que la actividad había comenzado en aquella casa. Cosa extraña que yo no me hubiera enterado antes, porque tengo el oído fino. Pero la señora, debía andar con una suavidad propia de gatos. Como el olor venía de la cocina, hacia ella encaminé mis pasos.

— ¡Buenos días **Tony**! ¿Has dormido bien? Seguro que tendrás hambre y sed. Te he preparado tu desayuno.

Espero que te guste— dijo de un tirón sin esperar respuesta a cada pregunta. Claro está que se estaba dirigiendo a un perro, y no podía esperar contestación, pero una cierta cadencia entre pregunta y pregunta se lo hubiera agradecido.

En efecto, allí estaba mi plato de leche, y unas albóndigas que debían de tener varios días de vida. Un poco frías, pero estaban deliciosas. Ella tomó una taza de café, un *croissant* y para rematar, una galleta de chocolate. Yo me la miré fijamente, moviendo todo mi cuerpo, y ella lo entendió al instante. Cogió una galleta y me la ofreció. En aquel momento, me dije que mis ansias de libertad, bien podrían esperar unos días. Luego, mientras fregaba los cacharros, y preparaba la lavadora, me fue contando los acontecimientos de su vida, que como ya imaginaba, habían sido duros y dolorosos. Ella se llamaba Teresa y se casó con dieciséis años con un carbonero que despachaba leña y carbón mineral y vegetal, en un local cerca de su casa. Las cosas les fueron como les puede ir a un carbonero: negro sobre negro. Pero aguantaron y tuvieron arrestos para sacar adelante a tres hijos: dos chicas y un chico. Por cosas de casualidad los tuvieron alternados: chica, chico, chica. Con el chico, tuvieron muchos problemas. Rebelde, sin ganas de estudiar ni de trabajar, no tardó mucho tiempo en caer en manos de la delincuencia y luego de la justicia. Murió de forma violenta en una pelea entre miembros de una banda. Con las hijas, la cosa fue diferente, pero también un poco complicada. La mayor quería ser artista, y con dieciséis años, se fugó con unos faranduleros que iban de pueblo en pueblo, y que tuvieron que pasar años para saber algo de ella. Desde

entonces, cada cierto tiempo, a veces años, tenía alguna noticia de ella por medio de esporádicas llamadas desde cualquier rincón de España. La otra, la pequeña, se casó, tuvo dos hijos, y de vez en cuando se acercaba a verla, trayéndole los nietos, que eran su alegría. Navidades y Reyes, los solían pasar juntos, alegrando un poco la triste vida. Hacia cosa de un año, que había fallecido su marido, Matías, de una neumonía que le trataron tarde y mal en la Seguridad Social. Ella se quedó sola en el mundo, a la espera de que el final de sus días se presentara ante ella. Pero mientras eso ocurría, decidió extraer a la vida, las poquitas cosas que esta pudiera presentarle. Y mira por donde, una de esas cosas era yo. Pronto encontramos un modo de convivir que satisfacía a ambos. Como la puerta el jardín estaba estropeada, me las arreglé para abrirla cuando me convenía. Así es que yo, diariamente, me daba mis paseos por la zona, en completa libertad. Mientras, ella arreglaba sus cosas en casa, de forma que para cuando quería salir a comprar, yo ya había vuelto de mi paseo, acompañándola al mercado. Luego por la tarde, dábamos una vuelta con el fin de que hiciera un poco de ejercicio. Esto no ocurría todos los días, pues a veces no se sentía con ganas ni fuerzas para salir a andar. No obstante, yo la “obligaba” a salir, mediante mis consabidas artes de zalamería, llevándole los zapatos, y en los días de frío, la bufanda, lo que la obligaba de alguna manera a sacarme a pasear, cuando en realidad, la cosa era al revés. Yo creo que entendía mis argucias, pues me sonreía y me daba unas palmadas en la cabeza. Y eso sí, jamás se olvidaba del paquete de galletas. Llegué a convencerme de que yo era la única alegría de aquella pobre mujer. En mis

peripecias por los alrededores de la vivienda, pude observar cosas curiosas. Había dos vecinos que debían de tener alguna cuestión pendiente, porque todas las mañanas, cuando se cruzaban paseando sus respectivos perros, siempre se intercambiaban algo más que palabras. La cuestión es que sus respectivos odios se los debieron de traspasar a sus perros, porque en cuanto que estos se avistaban u olían, comenzaban a tirar de sus correas, para ir al encuentro del otro y enzarzarse en una pelea. Lo curioso era que los dos congéneres míos, eran diametralmente opuestos en todo, menos en una cosa: eran igual de belicosos. Uno, un pastor alemán, de fino y elegante porte. El otro, un Yorkshire Terrier, pero con dinamita en la sangre, pues no se amilanaba ante el tamaño del oponente, poniendo más ardor, si cabe, en iniciar la disputa. Aquello terminaría algún día mal, para sus dueños o para sus mascotas. Y así fue. Un día en el que ambos venían por la misma acera, aunque en sentido contrario, los perros iniciaron su clásico ritual, de ladrar y tirar de las correas, y sus dueños, la estudiada escena de amagar soltando un poco de correa. Sea como fuere, ninguno de los cuatro, se percató que, entre medio de ellos, se encontraba un señor un poco mayor, que paseaba tranquilamente, ignorante de las inquinas que se le acercaban por delante y por detrás. En un santiamén, todos se cruzaron y los perros, tirando de sus correas, y tratando de evitar al paseante inocente, rodeándolo, hicieron que las correas se trabaran en sus pies, como si de un novillo se tratara, lo que trajo como consecuencia que cayera y se golpeará con un banco que allí había, perdiendo la consciencia. En aquel momento, los dos perros, dejaron de tirar, quedándose quietos, quedando

el transeúnte tendido en el suelo, con un hilillo de sangre, discurriendo por su mejilla, y sus pies trenzados por las correas de los perros. Sus dueños, entonces, y solo entonces, cayeron en la cuenta de lo que había ocurrido. Y por cosas del destino, y sin que sirva de precedente, un coche de la policía local, pasaba por el lugar en el momento adecuado, siendo testigos de cuanto había ocurrido. Mientras uno de los policías atendía al herido, el otro, con gran previsión y oportunidad, había tomado unas fotos de la situación: el herido, tirado en el suelo, y de sus pies, enredadas en ellos, unas correas que partiendo de los collares de cada perro, terminaban en las manos de sus respectivos propietarios. Vamos, cogidos con las manos en la masa, y encima todos mirando al fotógrafo. Luego dirigiéndose a los dueños, les pidió la documentación. Seguidamente llamó al cuartelillo, y a los pocos instantes se presentó un furgón, al que subieron los cuatro infaustos delincuentes: los perros y sus dueños, para trasladarlos a las oficinas de la Policía Local, donde se les explicarían, a los dueños, los artículos infringidos y las responsabilidades a las que había dado lugar el incidente. Y eso, esperando que el señor herido, saliera con bien de aquello. Y es que a veces, la inconsciencia humana, roza a veces lo grotesco. A mí lo que me sulfura, es la tendencia que tienen los hombres a tentar la suerte, y buscarse problemas donde no hay. Y es que a mí me parece que piensa poco en las repercusiones de sus actos. Y el problema es que además, pueden involucrar a otros que, como dice aquel, pasaban por allí, sin comerlo ni beberlo. Los perros, en nuestra simpleza (no es mi caso, ya saben), sopesamos por nuestro bien, lo que vamos a hacer. Por ejemplo,

imagínense que hay una hermosa salchicha tirada en el suelo. Un perro, jamás se lanzará a por ella, sin mirar unas cuantas veces a su alrededor, para cerciorarse de que no hay peligro. Y una vez que crea que no lo hay, se acercará sigilosamente, y casi con seguridad, no se la comerá en aquel lugar, sino que la cogerá y saldrá corriendo para comérsela tranquilamente en otro lugar de su confianza. En la naturaleza, hay una regla a la que no se escapa nadie, ni siquiera los humanos: todos los seres son a la vez, cazadores y presas. ¡Cuántos seres no han sido comidos cuando creían que iban a comer! De ahí, la precaución. Pero el hombre, se cree que domina completamente las situaciones que a veces provoca, sin pensar, que en un segundo las circunstancias han podido dar completamente la vuelta. Y entonces vienen las excusas y los pésames. “Pienso, luego existo” decía el filósofo. Deductivamente y desarrollando la idea, si no pienso, no existo. Y francamente, me parece un pensamiento muy acertado.

Como digo, por las mañanas, acompañaba a Teresa al mercado para hacer la compra. Iba sin correa, pues la pobre mujer, no había caído en la cuenta de la necesidad de llevarme sujeto con la dichosa correa. Y por eso, yo no le daba ocasión para lamentar su falta, permaneciendo siempre a su lado. Si ella andaba, yo andaba. Si paraba, pues yo también. Cuando entraba en las tiendas, yo permanecía fuera, en posición de reposo, contemplando a la diversidad de fauna que discurría por delante de mis ojos. Fue entonces cuando me percaté de la cantidad de gente de otras nacionalidades que deambulaba por la calle en aquel barrio. Negros, chinos, rusos, rumanos, polacos, dominicanos, ecuatorianos y mil nacionalidades

más. Los había buenos y los había malos. Como en todos los sitios. Pero en general, eran gente que habían huido de sus problemas en su país, y no estaban por la labor de buscarse más en éste, además de los que ya les imponía la vida en sí, al igual que se les imponía a los nativos. Sin embargo, yo que no tengo ningún tipo de prejuicio, sentía terror por los hombres negros. Reconozco que su mirada me daba escalofríos. Y eso que jamás tuve problema alguno con ellos. Bien al contrario, siempre sentí su cercanía, pero que le voy a hacer, no he logrado superar ese atávico proceder, que yo reconozco infundado. Tal vez el contraste de color de sus palmas de sus manos, blancas, o el amarillento de su fondo de ojos, o los labios abultados, que mostraban generalmente unos blanquísimos dientes, fuera la razón de esta sinrazón.

Durante las, a veces, largas esperas a que Teresa, saliera de la tienda, tenía tiempo de, además de observar, pensar. Yo sabía que no podría abandonar a esta bondadosa mujer, pues tenía por cierto que mi ausencia le proporcionaría un dolor más. Lo intuía porque me hablaba como si fuera un humano, pero a sabiendas de mi condición, sin saberla en realidad, se explayaba con plena libertad. Y así me enteré de la amargura que anidaba en su corazón. Sentía que su vida había sido en realidad un sinsentido. Como era bastante religiosa, se aferraba a sus creencias para sobreponerse a tanta amargura. Yo la veía rezar cada noche, antes de irse a dormir. A mí me ponía un tazón de leche, que me tomaba mientras ella rezaba sus oraciones. A decir verdad, nunca he entendido del todo bien, esa actitud de los humanos, rindiendo cuenta a un Ser al que no ven, y que según del lado que estés, no encuentras muchos motivos por los

que dedicarle oraciones de agradecimiento, pues solo hay que hacer un repaso a lo acontecido durante tu propia vida. Claro que yo solo soy un perro, inteligente sí, pero limitado al fin y al cabo. Y habrá cosas que estarán fuera de mi comprensión.

Pero sobre todo, María echaba de menos a sus hijos, a los que les gustaría ver más a menudo, junto con sus nietos. Pero sus visitas, como ya he dicho, se hacían de rogar. Cuando llegó la navidad, la noté con más alegría que en el resto del año. Debía deberse al famoso “espíritu navideño”, y aun pecando de inmodestia, a mi aparición en su vida. La veía más animada y canturreaba por lo bajo, unos villancicos que a mí me tocaban la fibra sensible, y en alguna ocasión se me escapaba algún sollozo incontrolado, que ella interpretaba como un intento por mi parte de seguirla con su villancico. Además aquel año, su alegría era doble, pues sus dos hijas le habían confirmado su presencia en casa, el día de Nochebuena, con lo que la felicidad de Teresa fue completa. Planeaba la cena, como si de un ejercicio militar se tratara. Trataba de recordar lo que más les gustaba, para presentarlo en la mesa. Hasta, se animó a limpiar y fregar el piso, con el fin de mejorar su presencia. Por la noche terminaba rendida, pero feliz. Extraordinariamente feliz. Y yo al verla así, pues también. Cuando llegó el día señalado, Teresa se levantó a las seis de la mañana, con una vitalidad que en realidad no tenía. La ilusión puesta en aquella reunión familiar, no me daba buen pálpito. ¿De dónde sacaba aquella mujer la energía? Yo deseaba ardientemente que sus hijas no le fallaran ese día, pues de ser así, no sé qué consecuencias podría traer. La ilusión de reunirse con

sus dos hijas en la misma velada, suponía para ella la expresión de la máxima felicidad. La primera en aparecer fue María la “artista” y venía acompañada de un tipo peculiar, delgado, de cara muy perfilada, adornada con unas ridículas patillas y un bigotillo en el que debía emplear varias horas al día para dejárselo tan fino, pues era una simple raya estampada en la cara. Llevaba un traje a cuadros, de esos que se confeccionan con tela de cuadros *país de gales*, y un chaleco con lunares. La cabeza la adornaba con un sombrero tirolés, del que destacaba una pluma de color verde. Me cayó mal nada más verlo. En cuanto a María, se le notaban los años, más que nada, por los intentos de evitar que se le notasen. Cremas y coloretos en la cara, no solo no lograban disimular los años, sino que los anunciaban a cien metros de distancia. Cuando Teresa abrió la puerta y vislumbró a las dos siluetas que tenía ante ella, se quedó un segundo inmóvil en el umbral. Y es que no podía reconocer a su hija, entre los afeites y la compañía. Luego, se arrojó sobre su hija, y las dos, derramaron abundantes lágrimas, ante la presencia de aquel lechuguino, quien para entretener la espera de la recepción, se dedicó a mirar techos y paredes, y a estirar el cuello, para fisgonear en el interior. Yo me lo miraba sin perderle de vista. Estos son de los que cuando se van, no se van solos. Ya me entienden. María se lo presentó a su madre como Nicola, su agente. «*Ya, su agente*» pensé yo. Teresa le tendió la mano, y él se la cogió flácidamente, sin energía, sin poner ninguna clase de afecto. Pasaron al salón, donde Teresa había dispuesto los platos y cubiertos, empleando para ello, esos platos y cubiertos que te regalan el día de la boda, y que ya no se

utilizan más, por temor a que se rompan o pierdan algún tenedor, cuchillo o cuchara. Pero en aquella ocasión, Teresa, lo puso todo sobre la mesa, presentando un aspecto inmejorable. Al lechuguino se le dilataron las pupilas, al ver la disposición de la mesa, anticipo de buen ágape. A saber cuánto hacía que no comía ese escuálido ser. Luego Teresa me presento a su hija y acompañante.

— ¿Es fiero? —pregunto aquella especie de arlequín

— No. Que va. Es un perro muy dulce y tranquilo. Lo llamo **Tony**. — le contestó Teresa.

— Pues grande sí que es— insistió el de los lunares

Yo me lo miraba, y calculaba que tendría unas garrillas, que si se las mordía, seguro que podría cerrar la boca a su alrededor. Ese *tirillas* me duraría menos que una galleta. Por si las moscas, vigilaría mi comida, porque con aquel “*guiri*” a bordo, no se sabía lo que podía pasar. Les sirvió unas cervezas, y cuando se disponía a sacar unas olivas y patatas fritas, sonó nuevamente el timbre.

Teresa acudió presta a abrir la puerta, y yo la seguí por precaución. Nunca se sabe quién podía llamar. Pero lo hice desde la puerta del salón, pues no quería perder de vista a Nicola, el representante. En efecto, quien llamaba a la puerta, era la otra hija, de nombre Teresa como su madre. Venía acompañada de su marido y de sus tres hijos, Ana, Pedro y Carlos de seis, cuatro y dos años respectivamente. Mientras se producía la recepción en el recibidor, con las consiguientes muestras de alegría, yo volví a entrar en el salón, porque el lechuguino, se había levantado, y con todo el descaro del mundo, se había dedicado a abrir los cajones de la cómoda, donde Teresa guardaba sus cosas.

— ¿Qué haces? —le pregunto María

— Nada. Curiosear un poquillo.— a veces en casas que aparentan poca cosa, se encierran grandes tesoros.

— ¿Estás loco? Haz el favor de cerrar eso, y sentarte.— hoy no quiero líos.

Yo me puse a su lado y comencé a gruñir en voz baja. Nicola bajo su vista hacia mí y nuestras miradas se cruzaron. Creo que debió de entender mis intenciones, porque cerró el cajón violentamente, y se sentó en el sofá. A los pocos instantes, hacía su entrada triunfal Teresa acompañada de su hija, yerno y nietos. Se la veía feliz. Tal vez como no lo había sido desde hacía muchos años. Luego las dos hermanas se abrazaron, y se produjeron las presentaciones. Observé una cierta sorpresa maliciosa en Carlos, el marido de Teresa, cuando le presentaron a Nicola. El apretón de manos fue de risa, pues aquel, acostumbraba a darlos con energía, y cuando asió la mano flácida del *gigoló*, casi se queda con su brazo en la mano. Casi nadie se dio cuenta del suceso, salvo yo, que no me pierdo una.

Los niños en cuanto me vieron, avisaron a sus padres de mi presencia.

— Mamá, ¿tienes un perro?— pregunto su hija

— ¿Qué te parece? Me hace una compañía tremenda. Es cariñoso y es muy ordenado. No me da ningún trabajo. Al revés, me sirve de protección. No veas el genio que tiene cuando se enfada.

Mire de reojo al *tirillas*, para ver su expresión. Al oír aquello no pudo evitar mirarme de soslayo, y se encontró con mi mirada fijada en él. Instantáneamente desvió la suya. Definitivamente, le había comido el tarro a aquel delincuente de chicha y nabo

— ¿Cómo se llama, mamá? —pregunto Ana

— **Tony**— le respondió su abuela

La reunión fue de maravilla. Teresa se multiplicaba, y hasta sus dos hijas se animaron a ayudar, haciendo que se quedara sentada en la mesa, mientras ellas se encargaban de servir y luego, al finalizar la cena, del fregado de platos. Carlos y Nicola, congeniaron pronto, pues el italiano, era de esa especie de seres que son graciosillos, y hacen de esa facultad su medio de medrar y vivir a costa de los demás. El tío era capaz de hacer todo a la vez: hablar, beber y comer. Sus chascarrillos y anécdotas, animaron a todos, quienes reían a carcajada tendida. Entre chiste y chiste, se fueron poniendo al día sobre sus respectivas vidas. María estaba representando una obra de teatro de pueblo en pueblo y que, según ella y su agente, estaba cosechando grandes éxitos. No sé si alguno se lo creyó, porque nadie le preguntó por el título de la obra, y ellos tampoco lo dijeron. No era un día adecuado para hacer preguntas incómodas. Yo, como pueden suponer, peleando con los niños, o al revés. Luego, afortunadamente, se aburrieron de mí, y me dejaron a mis anchas, observando a aquel heterogéneo grupo, metidos en una burbuja, aislados de sus problemas cotidianos, y tratando de dar la mejor imagen de sí mismos a los demás. Yo lo prefería así por Teresa. Para que la iban a amargar, explicándole que una ni trabajaba ni nadie le daba un papel, y las estaban pasando canutas, y la otra, explicarle que el marido estaba en el paro, y que también tenían grandes dificultades. Ella oía lo bien que les iba a todos, y para ella era más que suficiente. No necesitaba, ni quería saber más. Finalmente, tras agotar las existencias, y tras

desearse mutuos deseos de felicidad y prometerse reuniones más frecuentes, se despidieron con lágrimas, besos y abrazos. Cuando se cerró la puerta, nos quedamos otra vez solos Teresa y yo. Ella estaba rendida y yo también. Así es que sin decir una sola palabra, nos fuimos cada uno para su lugar de reposo. Mañana sería otro día.

Pero María, murió aquella noche. Cuando fui a verla, alarmado por la tardanza en levantarse, estaba acostada de lado. En su rostro había una placidez y paz como nunca le había visto. No me hizo falta observarla más, para saber que ya no estaba con nosotros. Su mano que asomaba por debajo del rebozo, estaba completamente helada. Comencé a emitir unos gemidos, con la esperanza de que alguien los oyera, y viniera a ver qué pasaba. Y pasadas dos horas, oí, como la puerta de la entrada se abría, y daba paso a un policía y a Teresa, la hija de mi socia. Todos corrieron hacia la habitación de Teresa, y yo me escabullí hacia la calle. Mi papel allí, había terminado.

Capítulo X

Montgomery

La muerte de Teresa, me había afectado bastante. Tal vez fuera por el hecho de que se trataba de un ser que se encontraba en el final de su vida, momento en que con seguridad, más se necesitaba el cariño y la compañía de tus seres queridos, y verla así, tan desamparada, había removido algo en mí. La pobre, andaba tan escasa de buenos momentos, que cuando tuvo el último, el más entrañable, se negó a realizar otra travesía en el olvido, y se marchó con el sabor y el recuerdo de haber reunido a los suyos en torno suyo. Todo ello, me llevó a pensar en mi propia existencia. También yo empezaba a sentir los achaques de la vejez, y también me gustaría sentirme reconfortado cuando ese momento llegara. Caminé sin rumbo, una vez más, a la búsqueda de lo que el destino quisiera ofrecerme. Yo soy un buscavidas nato, y nada exigente. Caminaba despacio, sin prisa, pues a ningún sitio iba y en ningún sitio me esperaban. O eso creía yo. Mientras deambulaba, tenía la sensación de ir flotando. Veía a la gente pasar a mi lado, pero los veía como en cámara lenta y los ruidos y voces me llegaban amortiguados, como si estuvieran produciéndose en la lejanía. Dos perros pequeños, venían hacia mí a todo galope, y detrás de ellos, venía una mujer con una correa en cada mano.

— ¡Rudy! ¡Rudy! —clamaba

Y los perros ni caso. Ni siquiera me volví cuando pasaron raudos a mi lado. Seguí impávido mi camino. Ahora veía un gato, que al pasar a mi lado, me miró con miedo, como si fuera a atacarle. Luego un niño con su abuelo.

— Abuelo, que ya se ha puesto verde y podemos pasar— le decía con suficiencia.

Y el abuelo, con su nieto de la mano se ponía en marcha. Sin saber por qué, me detuve junto a una floristería. Del interior se desprendía un aroma encantador. No sé si sería por eso que me detuve, o porque el destino estaba jugando las cartas de mi vida. El caso es que me detuve allí. De la tienda salía gente con flores y ramos. Hacía frío, y cosa rara en mí, me encontraba destemplado.

— **¡Tornado!** —oí que alguien exclamaba. Yo seguí absorto.

— **¡Tornado!** —esta vez lo oí más cerca.

Un hombre, elegantemente vestido, estaba plantado ante mí.

— **Tornado**, ¿no me reconoces? —dijo

Entonces, recobré los sentidos y me fijé en aquel trajeado personaje que puesto en jarras, se situaba ante mí. No lograba reconocerlo, pero aquella voz, sí que me resultaba conocida, y su olor también. Pero no podía ser. El que me recordaba y el que tenía enfrente, eran la noche y el día. Entonces se agacho ante mí, y comenzó a acariciar mi cabeza.

— Así que ya te has olvidado de mi, ¿eh tunante? Yo te daba por muerto. Me dijeron que te había atropellado un coche, y di por supuesto que te había matado. ¡Qué alegría verte de nuevo! —dijo

¡No era posible! Era Jorge, el artista, el que conocí unos años atrás. ¿Pero que podía haber sucedido, para ir vestido de aquella guisa? Traje, camisa blanca y corbata. ¡Y correctamente afeitado y peinado! Entonces comencé a mover el rabo. Me alegraba de veras al volverlo a ver.

— ¡Ya, ya veo que me has reconocido, **Tornado!**— dijo— Supongo que estarás esperando a que salga tu nuevo amo, ¿no?— dijo

Y volvió a acariciar mi cabeza.

— Vaya, vaya. Estás un poco más viejo, ¿sabes? Pero te veo igual de bien. Eras un perro muy inteligente, y supongo que lo seguirás siendo— dijo, incorporándose y disponiéndose a seguir su camino.

Yo me dispuse a seguirle. Me había animado al verlo. Al poco rato, se volvió para comprobar si le seguía. Y al igual que en los viejos tiempos, yo iba detrás de él. Siguió un poco más, y se detuvo unos instantes sin volverse. Luego se fue volviendo lentamente y se me quedó mirando fijamente. Aquello fue para mí señal inequívoca de que me llamaba. Y así lo hice. Me fui acercando hasta llegar a su vera. Nos miramos a la cara.

— ¿Sabes? No sé por qué, pero me imagino que no tienes dueño, aunque lleves un collar. Creo que tengo un hogar para ti. Vamos— y haciendo un gesto con la mano, siguió su camino, hacia un coche de esos grandes de cuatro puertas y grandes ruedas. Abrió la puerta trasera y de un saltó me introduje en el.

Cogimos carretera, y me hablaba con cariño, como si fuera una persona.

— ¿Te acuerdas de los viejos tiempos? Como han cambiado las cosas. Tu un perro vagabundo, y yo, pues casi también. Pero la vida y las circunstancias nos tienen

diseñadas rutas que desconocemos a priori. ¡Si en el Banco, supieran de mis andanzas por la bohemia, lo tenía claro! Y mi padre, no veas. A su casa nos dirigimos. Allí estarás bien atendido y os haréis compañía mutua. El pobre esta solo desde que falleció mi madre. Está acostumbrado a mandar y ahora no tiene a nadie a quien ordenar nada. Salvo a la chacha. Tú le harás más agradable el paso de los días, como alegraste mi vida, e incluso me la salvaste de aquellos energúmenos, ¿te acuerdas? Si no es por ti, ahora no podría contarlo. Te lo debo, **Tornado**. ¿Sabes qué? Que me da igual que tengas dueño. Te voy a robar. —decía mientras conducía.

Después de un rato de conducción, llegamos a lo que me pareció un chalet enorme. Tras abrirse las puertas automáticamente al pulsar un mando que llevaba Jorge en el coche, entramos hasta el garaje del chalet. Allí bajamos, para luego, por una puerta lateral, acceder al interior de la vivienda. Y allí estaba. Alto como un pino, mirándome de arriba abajo. Imponente, con mirada fiera, parecía preguntarse la razón de mi presencia en aquella casa. Jorge, le explico los detalles de nuestra relación, lo que no pareció convencerlo mucho.

— ¿Y para qué necesito yo un perro? —decía

— Para que te haga compañía, papá. Es un perro extraordinariamente inteligente, y ya te he contado el asunto aquel de los nazis aquellos del parque. Este animal, me salvo de aquellos desalmados.— argumentaba Jorge.

— ¿Este es el perro del cuadro?— dijo don Adolfo

— Este es.

Entonces, casi me desmayo de la impresión. Allí en la pared, colgado, estaba mi retrato de joven, el que me hizo

Jorge cuando era bohemio, lleno de vitalidad, y con ese color rosáceo tan característico de mí. Mirada inteligente, porte señorial, vamos, que no es porque fuera yo, es que allí estaba representado un mariscal. De los perros, pero un mariscal.

Don Adolfo, que así se llamaba el padre de Jorge, no parecía muy convencido. Así es que yo tuve que prestarle una pequeña ayuda, para tratar de convencerle. Y es que yo ya llevaba mucho tiempo, demasiado, sin ducharme a gusto, así es que empecé mi consabida búsqueda del cuarto de baño. Cuando empecé a recorrer la casa, ante la sorpresa de ambos, pues Jorge tampoco conocía mis habilidades, me siguieron con paso decidido.

— ¿Pero que hace este perro?— preguntaba don Adolfo— ¡Vaya animal que me has traído! ¡Este campa por sus respetos!— bramaba

Jorge estaba profundamente intrigado. Como me conocía mas, sospechaba que allí había gato encerrado. Y así fue, cuando descubrí el cuarto de baño y me metí dentro.

— ¡Quiere que lo bañemos!— exclamó Jorge

— ¡Como va a querer un perro que lo bañemos! ¿Te has vuelto loco Jorge?

— Pues explícame esto, papá. De todas formas eso lo vamos a comprobar rápidamente— y quitándose la americana y remangándose las mangas de la camisa, procedió a utilizar la ducha, rociándome con agua caliente, sentado dentro de la bañera. Luego aplicó jabón y tras un enérgico frotado, volvió a aclararme, quedando con una sensación de limpio que hacía tiempo no sentía. Don Adolfo, asistía en silencio y admirado, a la demostración de mis bondades.

— Hijo. Esto no lo había visto nunca. Por de pronto, es un perro limpio y de buenas costumbres. Se ve que ha sido la mascota de algún hogar donde le han enseñado buenas costumbres. Podemos probar. La verdad es que me ha intrigado este perro. Solo con que sea la mitad de lo que me lo has ponderado, será un perro extraordinario.

— Pues no se hable más. Te quedas con **Tornado**.

— **¿Tornado?** No me gusta. Le llamaré **Montgomery**. Ese sí que es un nombre adecuado para un perro.

Y así fue, como he venido a tener este nombre. Don Adolfo, era y es de costumbres espartanas, y de rígidas reglas militares. Cuando decía una cosa, aquello se debía hacer a rajatabla. Y de los horarios ni hablamos. Incumplir un horario, era poco menos que enfrentarse a un Consejo de Guerra. La pobre Charito, que así se llamaba la criada, aguantaba con estoicismo las broncas, gracias a su buen carácter y al importante salario que todos los meses le ingresaban en la cuenta.

En cuanto a nuestra relación, fue buena desde el principio. Mis buenas costumbres, agradaban de sobremanera a don Adolfo, poniéndome como ejemplo, ante sus nietos, sobre el orden y la disciplina. Salíamos a pasear todas las mañanas y todas las tardes. Ya hiciera frío o calor, o lloviera o nevara. El paseo era inexcusable. Yo le traía las zapatillas, el periódico, e incluso las lentes. Durante nuestras caminatas, él me iba explicando lo que le pasaba por la cabeza en aquel momento. Batallas, situaciones vividas en el ejército, anécdotas, etc... Un sinfín de historias, que yo pacientemente escuchaba, porque algunas eran francamente entretenidas. Esta

relación fue incrementando nuestro mutuo sentimiento de amistad. No creo que haya intuido ninguna de mis especiales facultades, y a mí tampoco me importa que sea así. A veces, demostrar demasiado, da origen a situaciones violentas e incómodas. Mejor que se crean que tienen ante sí un perro. ¿Para qué dar más explicaciones?

Y así iba pasando el tiempo, día a día, hasta llegar a estos presentes momentos, en los que sin saber cómo ni por qué, me he puesto a contar al viento la historia de mi vida, al abrigo de este fuego atávico que ha producido en mí, la necesidad imperiosa de recordar mi vida, y que modestia aparte, se trata de la extraordinaria vida de un perro que entendía a los humanos.

Epílogo.

Seguramente algunos lectores, se habrán quedado con la intriga de conocer el desenlace final de varios de mis episodios en los que algunas personas o familias tuvieron a bien compartir sus vidas conmigo, durante algunos meses u años. Como no quiero que se quede insatisfecha su curiosidad, aquí les relato estos finales, y para que los puedan relacionar correctamente, añadiré el nombre que me impusieron para que no tengan duda sobre a quién me refiero.

Rosita

Creo que el cabeza de familia tiene ahora un trabajo estable. Pero ya saben que eso de estable, es un eufemismo, una forma de llamar a un trabajo que no existe. Todos son estables hasta que un día, dejan de serlo. ¿Donde pues, está la estabilidad?

Fuego

Carlos, el ex marido de Luisa, fue condenado a dos años y estuvo unos meses en la cárcel. Por buena conducta, salió a los pocos meses de entrar en ella. Luisa, escapó a la muerte, pero estuvo tres meses en el hospital, curándose de sus heridas, de las que no le dejaron secuelas. Ana, mientras estuvo de baja su madre, vivió con unos tíos suyos. Hoy se ha hecho Policía Nacional, y ha sido asignada a la Unidad de Prevención de la Violencia de Género.

Tornado

Jorge estuvo dedicado al arte durante un año más. Como no prosperaba, ni veía cambios en el horizonte, decidió colgar los bártulos, y ejercer la carrera de economista, para la que estaba especialmente preparado. Su padre, entusiasmado por la decisión de su hijo, movió Roma con Santiago, por su condición de General retirado, y Jorge pudo entrar de alto ejecutivo en una importante entidad financiera. A pesar de lo “especial” de su ingreso, Jorge es un excelente profesional, desarrollando su actividad, a satisfacción de sus jefes. Sigue conservando, su afición a la pintura y cosa curiosa, hoy hace cuadros, cuyo estilo, los expertos califican como híper realismo.

Ulises

De la familia de Pedro, no he sabido nada más. De Pedro me acuerdo de vez en cuando. Creo que fue el humano con el que más me he compenetrado. Simplemente con mirarnos nos entendíamos.

Sultán

Durante algún tiempo, aquellos gamberretes siguieron haciendo de las suyas y algunos acabaron mal. La vida no les había ofrecido muchas oportunidades, ni hasta entonces ni después.

Tobías

La familia de Adela, todavía andan superando el drama vivido, Es una enfermedad que deja secuelas a los

que les toca pelear con una enfermedad tan terrible como el Alzheimer. También me acuerdo mucho de Adela, otra persona especial para mí.

Becki

Yo me fui de aquella casa, porque aquello no era para mí. Yo respeto las creencias y costumbres de todo el mundo, siempre que sean respetuosas con las de los demás. Fueron unos tiempos agradables en lo material, pero insulsos en lo demás.

Tony

A María siguen sin darle ningún papel en ninguna compañía y ya no vive con Nicola. A este, lo detuvieron un día en un supermercado cuando pretendía llevarse un carro de alimentos sin pagar. El muy chorizo, se había encontrado en el suelo, una tira de compra ya pagada, y lo que hizo fue llenar un carro con los mismos ingredientes, para salir posteriormente por la salida. Cuando saltaron las alarmas, el hombre pretendía justificar la compra con la tira de compra encontrada. Sin embargo, no se percató del pequeño detalle de la fecha, y que había precios que ya no coincidían. La situación de la otra hija de Teresa, mejoró al volver a encontrar trabajo su marido.

José Manuel Surroca Laguardia

Nacido en Zaragoza en 1949. De profesión informático, además de aficionado a la Música y a la Literatura siempre sintió la pasión de escribir, iniciando el esbozo de varias novelas. Tras finalizar su vida laboral, ha podido ver cumplido su deseo de hacer lo que más le gusta: dedicar su tiempo a escribir.

Enamorado de la historia, especialmente de uno de los periodos más impresionantes a su juicio, la Edad Media, intenta recrear en sus novelas las formas de vida y las sensaciones que debían sentir aquellas personas cuyo día a día transcurría entre la ignorancia, la miseria, la enfermedad y su sometimiento absoluto a la voluntad de sus señores feudales, y especialmente, las relaciones entre las tres comunidades, cristiana, judía y musulmana que poblaban y convivían en nuestras villas y pueblos.

Sin embargo, también le gusta adentrarse en otro tipo de historias que siempre tienen como protagonistas a las personas y sus circunstancias que en ocasiones, suelen ser terribles. El humor, el drama y la sociedad, son temas que ha tratado en sus historias.

Hasta el momento ha escrito doce novelas: El Cristo del Granado, Espejismo, La extraordinaria vida de un perro que entendía a los hombres, La Estación, El Clown, El Diario del Ave Fénix, Barbastro 1320 “Los Pastorelli”, Barbastro 1064 “La Cruzada”, El Documento 303, El caso del Ecce Homo, Rex Bellator y El Maquisard.

Actualmente vive en Barbastro (Huesca).